LA SUPREMACIA DE DIOS EN LA PREDICACIÓN

SEGUNDA EDICIÓN

JOHN PIPER

LA SUPREMACÍA DE DIOS EN LA PREDICACIÓN

Ministerio: “Desiring God” (Deseando a Dios)
Un ministerio Centrado en Dios presidido por el Dr. John Piper

“Dios es mas Glorificado cuando estamos más satisfechos en Él”

Traducción al Español
Por Max Mejía Vides

Ministerio Cristiano
Cimiento Estable

LA SUPREMACÍA DE DIOS AL PREDICAR.

Por **John Piper.**

Libro del Año. Un poderoso tónico para predicadores cansados - Un libro que ausculta profundamente la teología, las estrategias y la espiritualidad de los ministros del púlpito.

Primera Parte. *"La supremacía de Dios a Predicar".* Los escritos sobre Predicación de Harold John Ockenga. 1988

Segunda Parte. *"Soberana Dulzura: La Supremacía de Dios en la Prédica de Jonathan Edwards".* Centro de Discursos y Predicación del Billy Graham. Wheaton College. 1984

CONTENIDO.

Prefacio

Parte 1. Por qué Dios deberá ser Supremo cuando Predicamos

1 La Meta de la Prédica: *La Gloria de Dios.*
2 La Prédica Fundamental: *La Cruz de Cristo.*
3 El don de la Prédica: *El Poder del Espíritu Santo.*
4 La Gravedad y la Claridad de la Prédica.

Parte 2 Cómo lograr la Supremacía de Dios en la Prédica: *Guianza del Ministerio de Jonathan Edwards.*

5 Centrados en Dios: *La vida de Edwards*
6 Sometidos a la Dulce Soberanía: *La Teología de Edwards.*
7 Haced a Dios Supremo: *La Predica de Edwards.*
Estimule las Afecciones Santas
Ilumine la Mente
Saturar con Escritura
Emplear Analogías e Imágenes
Usar Amenazas y Advertencias
Rogar por una Respuesta
Prueba y Obra del Corazón
Rendirse al Espíritu Santo en la Oración
Ser Quebrantable y Blando de Corazón
Ser Intenso
Conclusión
Notas finales
Índice de Temas

PREÁMBULO

Las gentes están hambrientas de la grandeza de Dios. Pero la mayoría de ellos, en medio de una vida llena de problemas no quieren reconocerlo. La majestad de Dios es una cura desconocida. Hay en el ambiente muchas recetas populares cuyos beneficios son superficiales y breves. La prédica que no tiene el aroma de la grandeza de Dios, podrá entretener por un tiempo, mas no calmará el grito del alma que clama: "Muéstrame tu Gloria".

Hace años, durante la oración semanal en nuestra iglesia, decidí predicar acerca de la Santidad de Dios, basándome en Isaías 6. En el primer Domingo del año, decidí mostrar la visión de Dios que se encuentra en los primeros cuatro versos de ese capítulo.

> *"En el año que murió el rey Uzías, vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, y con dos volaban. Y el uno al otro daban voces, diciendo: Santo, Santo, Santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de tu gloria. Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo.*

De modo que prediqué sobre la santidad de Dios, e hice lo mejor por mostrar la majestad y la gloria de tan grande y santo Dios. No di la mínima palabra aplicada a las vidas de las personas. La aplicación es esencial en el curso normal de una prédica, pero aquel día me sentí llevado a hacer una prueba: ¿Acaso el mostrar apasionadamente la grandeza de Dios por sí solo, acaso llenaría las necesidades de esta gente?

No me había dado cuenta que no hacía mucho, antes de este Domingo, una pareja joven de nuestra iglesia, había descubierto que uno de sus hijos estaba siendo abusado sexualmente por un pariente cercano. El asunto era increíblemente traumático. Ellos estaban allí aquel Domingo por la mañana escuchando aquel mensaje. No sé cuántos fieles, aconsejando a los pastores nos dirían hoy: "Pastor Piper, ¿no se da cuenta que su gente está sufriendo? ¿No pudiera usted bajar del cielo y ser más práctico? ¿No se da cuenta de la clase de gente que se sienta frente a usted los Domingos?". Semanas más tarde supe la historia. Un Domingo por la tarde después del servicio, el esposo me llamó aparte. "John – me dijo – estos han sido los meses más duros de nuestras vidas. ¿Y sabe por qué he logrado resistirlos? Fue la visión de la Grandeza de la Santidad de Dios que usted nos dio la primera semana de Enero. Esa ha sido la roca a la que nos hemos aferrado".

La grandeza y la gloria de Dios son relevantes. No importa si las encuestas salen con una lista de necesidades perceptible que no incluyan la suprema grandeza de la soberanía del Dios de la Gracia. Hay una necesidad más profunda, y nuestro pueblo está hambriento de Dios.

Otra ilustración de lo anterior es la manera como la movilización misionera está ocurriendo en nuestra iglesia y la forma como en la historia esto ha sucedido vez tras vez. La juventud de hoy no se entusiasma por denominaciones y agencias. En cambio, se entusiasma por la grandeza de un Dios global y por el incontenible propósito de un rey soberano. El primer gran misionero dijo: "Se nos ha dado la gracia y apostolado para despertar la obediencia por la fe, *por razón de su nombre,* a todas las naciones". (Romanos 1:5 énfasis marcado) Las misiones existen por razones del amor de Dios. Fluyen por un amor a la gloria de Dios y por el honor de su reputación, como la respuesta a una oración: *"Santificado sea tu nombre".*

Estoy convencido que la visión de un gran Dios es el vínculo en la vida de la iglesia, tanto pastoral como de un alcance misionero. Nuestras gentes necesitan oír de un Dios milagroso. Necesitan oír que alguien, por lo menos una vez a la semana, alce su voz y magnifique la supremacía de Dios. Ellos necesitan contemplar el completo panorama de las excelencias de Dios. Robert Murray M'Cheyne dijo: "Dios no bendice a los grandes talentos tanto como a la gran semejanza a Jesús. Un Ministro santo es una poderosa arma en las manos de Dios". (1) En otras palabras lo que la gente demanda es nuestra santidad personal. Y ciertamente, la santidad personal es nada menos que una vida inmersa en Dios – una vida diferente del concepto que el mundo tiene de la vida de milagros de Dios.

Dios mismo es la materia fundamental de nuestra predica, en su majestad y verdad y santidad y rectitud, y sabiduría y fidelidad, soberanía y gracia. No quiero decir que no debamos predicar sobre las menudencias de las cosas prácticas como la paternidad y el divorcio y el Sida y la TV y el sexo. Lo que quiero decir es que cada una de esas cosas deberá ser traída ante la santa presencia de Dios y expuesta desde sus raíces carentes de temor a Dios o alejadas de él.

No es la tarea del predicador cristiano recetar a las gentes pláticas de animación moral o psicológicas de cómo conducirse en el mundo, cosa que cualquier otro puede hacer. Mas la mayoría de nuestra gente no tienen en este mundo quien les diga una y otra vez acerca de la suprema belleza majestuosa de Dios. Trágicamente por eso, muchos están hambrientos por la visión centrada en Dios del gran predicador Jonathan Edwards.

Mark Knoll, historiador eclesial, descubrió que en los dos y medio siglos pasados, desde Edwards, trágicamente "Los evangélicos norteamericanos no han pensado desde un inicio acerca de la vida como Cristianos, porque toda su cultura se los ha impedido. La piedad de Edwards continuó en una tradición de reavivamiento, a su teología siguió un Calvinismo académico, mas no hubo sucesores para la visión universal de su Dios poderoso o de su profunda filosofía teológica. La desaparición de la perspectiva de Edwards en la historia de la Cristiandad norteamericana ha sido una tragedia" (2)

Charles Colson repite esta convicción: "La iglesia moderna de Occidente – en su mayoría desviada, llena de cultos e infectada con gracia barata – urge oír el reto de Edwards... Creo que las oraciones y las obras de los que aman y obedecen a Cristo en el mundo, podrán prevalecer siempre que atesoren los mensajes de un hombre llamado Jonathan Edwards" (3)

La recuperación de "La visión universal de un Dios Poderoso" causará gran regocijo sobre la tierra en los mensajeros de Dios, y una razón de profundo agradecimiento al Dios que hace todas las cosas nuevas.

El material de la Parte 1, fue inicialmente expuesta como Disertaciones y Prédicas en Harold John Ockenga en el Seminario Teológico Gordon Conwell en Febrero de 1988. La esencia de la Parte 2 fue primeramente entregada en el Centro Billy Graham de Disertaciones sobre Prédicas en Wheaton College en Octubre de 1984. Tales privilegios y esfuerzos fueron una tremenda ganancia para mí más que para cualquier otro; doy gracias a los administradores de estos Colegios que confiaron en mí, y me permitieron tener un atisbo a un llamado de lo alto como predicador Cristiano.

Siempre doy gracias a Dios que nunca me ha abandonado la mañana de un Domingo, sin una palabra, y un celo para hablarla, todo para su gloria. Oh, pero yo tengo mis momentos. Mi familia de cuatro hijos y una esposa estable, no son ajenos a las penas y las lágrimas. Las críticas pueden herir al irritable, y el desánimo puede llegar tan profundo como para dejar a este predicador mudo. Pero la inconmensurable y soberana gracia de Dios, más allá de toda soledad e inconveniencia, me ha revelado su Palabra y me ha dado un corazón capaz de saborearla y enviarla semana tras semana. Por eso nunca he dejado de amar la prédica.

En la misericordia de Dios hay una razón humana para ello. Charles Spurgeon lo sabía, y la mayoría de predicadores felices lo saben. Cierta vez le preguntaron a Spurgeon acerca del secreto de su ministerio. Al cabo de una breve pausa, respondió: “Mi gente ora por mí” (4) Por eso es que yo he sido revivido una y otra vez en la obra del ministerio. Así es como *La Supremacía de Dios en la Prédica* pudo ser escrito. Mi gente ora por mí. A ellos dedico este libro con afecto y gratitud.
Oro porque este libro pueda volver los corazones de los heraldos de Dios, para el cumplimiento de la gran admonición apostólica:

Si alguno habla,
Hable conforme a las palabras de Dios...
Conforme el poder que Dios da
Para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo,
a quien pertenecen la gloria y el imperio
por los siglos de los siglos. Amen.
(1 Pedro 4:11) John Piper.

Primera Parte

****

POR QUÉ DIOS DEBERÍA SER SUPREMO EN LA PREDICA

****

1

Metas de la Prédica

La Gloria de Dios

En Septiembre de 1966 era yo un novato estudiante de medicina, con estudios superiores en literatura en Wheaton College. Había terminado un curso de verano en química, estaba locamente enamorado de Noel y estaba mas enfermo que nunca con mononucleosis. El doctor me envió al centro de salud durante las tres semanas más decisiva de mi vida. Fue un período por el cual nunca dejo de dar gracias a Dios.

Por aquellos días el semestre de otoño comenzó con una Semana de Énfasis Espiritual. El orador en 1966 era Harold John Ockenga. Fue la primera y última vez que yo le oí predicar. La radio del colegio WETN transmitió los sermones, y yo los escuché mientras estaba acostado en mi cama a unos doscientos metros de su púlpito. Bajo la prédica de la Palabra por el pastor Ockenga la dirección de mi vida fue permanentemente cambiada. Puedo recordar como mi corazón casi explotaba anhelante, conforme escuchaba – deseando conocer y dominar la Palabra de Dios en aquella forma. Por medio de esos mensajes Dios me llamó al ministerio de la Palabra, de manera irresistible y (creo) en forma irrevocable. Desde entonces, ha sido mi convicción, que la evidencia subjetiva del llamado de Dios al ministerio de la Palabra (para citar a Charles Spurgeon) *"es un intenso y absorbente deseo por la obra"* (1)

Cuando salí del centro de salud, dejé la química orgánica y tomé filosofía como materia secundaria y me propuse obtener la mejor educación bíblica y teológica posible. Veintidós años mas tarde (a esta disertación en 1988) puedo testificar que el Señor no me ha dejado dudar de ese llamado. Está tan claro en mi corazón hoy como nunca antes. Y solamente me maravillo de la maravillosa providencia de Dios – de salvarme y llamarme como un sirviente de la Palabra, y luego después de dos décadas dejarme hablar bajo la bandera de Disertación y Prédica de Harold John Ockenga en el Seminario Teológico Gordon-Conwell.

Este es para mi un precioso privilegio. Oro porque sea un tributo aceptable al Dr. Ockenga, que nunca me conoció – y por tanto es un testimonio al hecho de nunca sabremos de la verdadera utilidad de nuestra prédica, hasta que todo el fruto de las ramas del árbol que han brotado de las simientes que hemos sembrado, hayan madurado a la luz de la eternidad.

> *Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino riega la tierra y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mi vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié.* (Isaías 55:10/11)

El doctor Ockenga nunca supo lo que su prédica hizo en mi vida, y puede tomar nota de que si usted es un predicador, Dios le va a ocultar mucho del fruto que él produce en su ministerio. Verá lo suficiente para estar seguro de su bendición, pero no lo suficiente como para pensar que usted podría vivir sin ello. La meta de Dios es ser exaltado él y no el predicador. Esto nos lleva al tema principal: La Supremacía de Dios en la Prédica. Su bosquejo es intencionalmente trinitario:

La meta de la Prédica: *La Gloria de Dios.*
La Base de la Prédica: *La Cruz de Cristo.*
El Don de la Prédica: *El Poder del Espíritu Santo.*

Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo son el inicio, el medio y el fin en el ministerio de la Prédica. Sobre toda labor ministerial, la prédica especialmente, se destacan las palabras escritas por el apóstol: *"Porque en él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén"* (Romanos 11:36)

El predicador escocés James Stewart dijo que los objetivos de una prédica genuina son para: "despertar la conciencia por medio de la santidad de Dios, para alimentar la mente con la verdad de Dios, para purificar la imaginación por medio de la belleza de Dios, para abrir el corazón al amor de Dios, para consagrar la voluntad al propósito de Dios". En otras palabras Dios es la meta al predicar, Dios es el fundamento de la prédica – y todos los demás recursos son dados por el Espíritu Santo.

Mi carga al predicar, es rogar por la supremacía de Dios – que la nota dominante en la prédica sea la libertad de la Gracia soberana de Dios, que el tema unificador sea el celo que Dios tiene de su propia Gloria, que el gran propósito de la prédica sea la infinita e inagotable realidad de Dios, y que la penetrante atmósfera de la prédica sea la santidad de Dios. Entonces cuando en la prédica se toquen las cosas ordinarias de la vida – la familia, el ocio, las amistades, o las crisis de nuestro diario vivir – Sida, divorcio, adicciones, depresiones, abusos, pobreza, hambre, y lo peor de todo, la gente inconversa del mundo, estas cosas no solo son consideradas. Son llevadas a la misma presencia de Dios.

John Henry Jowett, quien predicó en Inglaterra y América durante treinta y cuatro años hasta 1932 pudo ver este gran poder de tales predicadores del siglo IX como Robert Dale, John Newman y Charles Spurgeon. "Siempre estuvieron dispuestos a detenerse a ver lo que sucedía en el pueblo, pero siempre vincularon las calles con las alturas, y enviaron sus almas errantes sobre las eternas colinas de Dios... Es este tema de la inmensidad, sentido de su eterna presencia e indicación de lo infinito, que considero que debemos de recuperar en nuestras prédicas" (3) Casi a finales del siglo XX, la necesidad de recuperación es diez veces mayor.

Tampoco estoy proponiendo alguna forma de preocupación elitista artificial con vana filosofía o algún intelectualismo. Hay cierto tipo de personas a las que desagradan los grandes cultos porque no toleran el "palmoteo" de la adoración evangélica. Spurgeon fue todo, menos un intelectual elitista. Casi no ha habido pastor de mayor agrado popular. Sus mensajes, sin embargo, estaban llenos de

Dios y la atmósfera estaba cargada con la presencia de tremendas realidades. "Nunca tendremos grandes predicadores" decía, "hasta que tengamos grandes ungidos" (4)

No fue que él se preocupara más por los grandes ideales que por las almas perdidas, se preocupaba por uno debido a que amaba al otro. Lo mismo sucedió con Isaac Watts que vivió un siglo antes. Samuel Johnson dijo de Watts: "Todo lo que él tomaba en sus manos, debido a su incesante hambre por almas, lo convirtió en un teólogo" (5) Lo que quiero decir con el caso de Watts, es que él todo lo llevó a una relación con Dios, porque se preocupaba por las personas.

Hoy día creo que Johnson opinaría de mucha prédica contemporánea que, "Cualquier cosa que el predicador toma en sus manos es, por su constante afán de relevancia, convertido en psicología". Ni las grandes metas de prédica ni el valioso lugar de la psicología, valen nada ante la pérdida del fundamento teológico. Una de las razones por las que la gente a veces duda del valor que tiene una prédica centrada en Dios, es porque nunca han oído una. J. I. Parker cuenta que oyó predicar a D. Martyn Lloyd-Jones en la Capilla de Westminster cada Domingo por la noche durante 1948 y 1949. Dice que nunca antes oyó prédica semejante. Vino a él con la fuerza y el ímpetu de un choque eléctrico. Lloyd-Jones – dijo – le llevó a "la presencia de Dios, mas que ningún otro hombre" (6)

¿Es esto lo que la gente de estos días, quita de la adoración – sentir la presencia de Dios, un toque de su soberana gracia, una disertación del panorama de su gloria, el gran propósito de la infinita razón de ser de Dios? ¿Acaso entran durante una hora a la semana – que no es un sacrificio – a una atmósfera de la santidad de Dios que deja su aroma en sus vidas por toda una semana?

Cotton Mather quien ministró en Nueva Inglaterra hace 300 años, dijo: "En la tarea de un predicador Cristiano, el gran esquema e intención, es restaurar el trono y dominio de Dios en las almas de los hombres". Eso no fue una exhuberancia retórica. Era una conclusión exegética mesurada y exacta de una de los más grandes textos bíblicos que conduce a los fundamentos de la Supremacía de Dios en la prédica. El texto que respalda lo dicho por Mather es Romanos 10:14/15 *"Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y como creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y como oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuan hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian las buenas nuevas!".* Del texto anterior, la predica puede ser definida como *la proclamación de las buenas nuevas por un mensajero enviado por Dios* – ("Heraldo" de la palabra *kerussontos* en verso 14, "buenas nuevas" – de *euangelizomenon* – de *apostalosin* en verso 15)

La pregunta clave es: ¿Qué es lo que el predicador proclama? ¿Cales son las buenas nuevas a que se refiere el texto? Puesto que el verso 16 es una interrogante del verso 52:7, haremos bien en regresar y dejar que Isaías lo defina para nosotros. Oiga lo que Mather oyó en estos versos de gran diseño para prédica Cristiana.

> *Cuan hermosos sobre los montes son los pies de aquel que trae buenas nuevas, aquel que anuncia la paz,*
> *aquel que trae noticias de bien,*
> *aquel proclama la salvación, aquel*
> *que dice a Sion: Tu Dios reina.*

Las buenas nuevas del predicador, la paz y la salvación que él anuncia están grabadas en una frase "Tu Dios Reina" Mather aplica esto con plena justificación al predicador: "El gran diseño... de un predicador Cristiano es restaurar el trono y el dominio de Dios en las almas de los hombres".

La nota más relevante en la boca de cada profeta-predicador, de los días de Isaías, de Jesús o de nuestros días, es "Tu Dios Reina". Dios es el Rey del universo; tiene derechos absolutos de Creación sobre este mundo y sobre cada uno de los que en él viven. Rebeliones y motines, sin embargo, se dan por todos lados y su autoridad es menospreciada por millones. Por eso es que Dios manda predicadores por todo el mundo gritando que Dios reina, que no va permitir que su gloria sea menospreciada indefinidamente. Que él va a vindicar su nombre con grande y terrible ira. Pero también son enviados a proclamar que por el momento Dios ofrece una total y libre amnistía a los rebeldes que abandonen su rebeldía, que clamen por misericordia, que se arrodillen ante su trono y le juren sujeción y fidelidad para siempre. La amnistía está firmada con la sangre de su Hijo.

Mather está en lo cierto: El gran esquema del predicador Cristiano es restaurar el trono y el dominio de Dios en las almas de los hombres. ¿Pero, por qué? ¿Podremos profundizar mas? ¿Que es lo que motiva el corazón de Dios al demandar someternos a su autoridad además de ofrecernos amnistía?

Isaías nos da la respuesta en un texto anterior. Hablando de la misericordia para Israel, Dios dice:

> *Por amor a mi nombre diferiré mi ira, y para alabanza mía la reprimiré para no destruirte. He aquí te he purificado, y no como a plata; te he escogido en horno de aflicción. Por mí, por amor a mí mismo lo haré, para que no sea mancillado mi nombre, y mi honra no la daré a otro.* (Isaías 48:9/11)

En el fondo del soberano ejercicio de misericordia de Dios como rey está su inalterable pasión por el honor de su nombre y la demostración de su gloria.

Así pues, podemos profundizar mas el punto de Mather. Tras el compromiso de Dios de reinar como Dios, está el profundo compromiso de que su gloria un día llenará la tierra (Num. 14:21; Isa. 11;9; Hab. 2:14; Salm.57:5; 72:19) Este descubrimiento tiene una tremenda implicación en la prédica, porque el profundo propósito de Dios en el mundo, es el de llenarlo con la reverberación de su gloria en la vida de una nueva humanidad, rescatada de cada pueblo, tribu, lengua y nación. (Apoc. 5:9) (8) Mas la gloria de Dios no se refleja claramente en los corazones de hombres y mujeres cuando se agachan con desgano en sumisión a su autoridad, o cuando obedecen por temor servil o cuando no hay regocijo en respuesta a la gloria de su rey.

Las implicaciones para la prédica son claras: Cuando Dios envía emisarios a declarar, "Tu Dios Reina", su objetivo no es contristar la sumisión del hombre por un acto de cruda autoridad; su meta es atraer nuestros sentimientos con irresistible demostración de gloria. La única sumisión que refleja completamente el valor y la gloria del rey es la sumisión gozosa. Sumisión a regañadientes ofende al rey. Sin gozo en el tema, no hay ninguna gloria para el rey.

Esto es lo que Jesús en efecto dijo en Mateo 13:44,

“El reino (la norma, el dominio) de los cielos es como un tesoro escondido en un campo, que un hombre encuentra y esconde; entonces feliz (su alegre sumisión a aquel reino y su deleite en su gloria, su valor) va y vende todo lo que tiene y compra aquel campo”. Cuando el reino es un tesoro, la sumisión es un placer. De otro modo, cuando la sumisión es un placer, el reino es glorificado como un tesoro. Por tanto si la meta de la prédica es glorificar a Dios, deberá orientarse a una alegre sumisión a su reino y no a una sumisión superficial.

Pablo lo dijo en la 2ª. Corintios 4:5, “Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como el Señor”. Pero más adelante en el verso 6 basado en la proclama del señorío de Cristo – bajo la norma y la autoridad del rey Jesús – nos dice que la esencia de su prédica es “la luz del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”. La única sumisión al señorío de Cristo que magnifica plenamente su valor y refleja su belleza es el humilde gozo del alma humana en la gloria de Dios en la faz de su Hijo.

La maravilla del evangelio y el descubrimiento más liberador que este pecador ha hecho, es el más profundo deseo de Dios de ser glorificado, con mi más profundo anhelo de ser santificado que no están en conflicto, mas de hecho encuentran una realización simultánea en el despliegue de él y mi deleite en la gloria de Dios. (9) Por tanto la meta al predicar, es la gloria de Dios reflejada en la gozosa sumisión del corazón humano. Y la supremacía de Dios en la prédica está asegurada por este hecho: Aquel que satisface recibe la gloria; aquel que da el placer es el tesoro.

2

El Terreno de la Prédica. *La Cruz de Cristo.*

Prédica es la proclamación de las buenas nuevas por un mensajero enviado de Dios, las buenas nuevas:

Que Dios reina;
Que él reina para revelar su gloria,
Que su gloria es revelada plenamente en la gozosa sumisión de su creación;
Que por tanto, no hay conflicto final entre el celo de Dios a ser glorificado y nuestros anhelos de satisfacción,
y que algún día la tierra será llena con la gloria del Señor, reflejada y vibrante en la genuina alabanza candente de la iglesia rescatada reunida de cada pueblo y lengua y tribu y nación.

La meta de la prédica es la gloria de Dios reflejada en la gozosa sumisión de su creación.
Hay sin embargo, dos grandes obstáculos para lograr esta meta: la justicia de Dios, y el orgullo del hombre. La justicia de Dios es su inquebrantable celo de exaltación de su gloria. (1) El orgullo del hombre es su incesante celo por la exaltación de su propia gloria.

Lo que en Dios es justicia, en el hombre es pecado. Tal es el punto de Génesis 3 – el pecado entró en el mundo por la tentación cuya esencia fue: “Serás como Dios”. El esfuerzo de imitar a Dios en este punto, es la esencia de nuestra corrupción.

Nuestros padres sucumbieron a ese elemento, luego todos nosotros les seguimos, y es ahora parte de nuestra propia naturaleza. Tomamos el ejemplo de la imagen de Dios que estaba destinado a reflejar su gloria en el mundo, le damos la espalda a la luz, y nos enamoramos con los contornos de nuestra propia sombra oscura, tratando desesperadamente de convencernos (con los avances tecnológicos o habilidades administrativas, hazañas atléticas, o logros académicos, o logros sexuales o corte de pelo extravagante) que la parte oscura de la imagen en el suelo frente a nosotros, es realmente gloriosa y satisfactoria. Al orgulloso amor por nosotros mismos le añadimos, aunque no nos demos cuenta, desprecio por la gloria de Dios.

Conforme nuestro orgullo desprecia la gloria de Dios, su justicia le obliga a derramar su ira sobre nuestro orgullo.

> La altivez de los ojos del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada; y solo Jehová será exaltado en aquel día.
> ¿Porque cómo será humillado mi nombre?
> Mi gloria no la daré a otro.
> Los ojos del altivo serán humillados...
> Y el Santo Dios se muestra santo en justicia.
> La destrucción acordada, Rebosará justicia.
> (Isa.2:11, 48:11, 5:15, 10:22)

La meta de la prédica es la gloria de Dios en una dulce sumisión de su creación. Hay por tanto un obstáculo a esta prédica en Dios y hay otro obstáculo en el hombre. El orgullo del hombre no se deleita en la gloria de Dios, mientras que la justicia de Dios no tolera que su gloria sea menospreciada.

¿Dónde pues, hay esperanza de que la prédica logre su objetivo – de que Dios sea glorificado en aquellos que estén satisfechos de Dios? ¿Podrá la justicia de Dios en su oposición a los pecadores, algún día ser aplacada? ¿Podrá el orgullo de los hombres algún día romper su propia vanidad y complacerse en la gloria de Dios? ¿Hay base para tal esperanza? ¿Hay campo para una prédica válida y llena de esperanza?

Si, lo hay. En la cruz de Cristo, Dios se ha propuesto salvar ambos obstáculos al predicar. Se sobrepone al obstáculo objetivo externo de la oposición de la justicia de Dios al orgullo humano y a la barrera subjetiva y obstáculo interno de nuestra orgullosa oposición a la gloria de Dios. Al así hacerlo, la cruz se torna el terreno con validez objetiva de la prédica así como de la humildad subjetiva de la misma.

Tomemos estos temas, uno a la vez y veamos la evidencia bíblica.

La Cruz como Base del Valor de la Prédica.

El problema fundamental al predicar es, como puede el predicador proclamar esperanza a los pecadores en vista de la irreprensible justicia de Dios. Por supuesto que el hombre no ve este asunto como un problema serio. Nunca lo hace.

R. C. Sproul tocó este punto en un sermón basado en Lucas 13:1/5 titulado “La Admiración Mal Ubicada”. Unas personas vinieron a Jesús y le dijeron que Pilatos había mezclado la sangre de algunos Galileos con la de los sacrificios, y Jesús respondió con duras palabras carentes de sentimiento diciendo: “¿Piensan ustedes que estos Galileos eran peores pecadores que los demás Galileos porque sufrieron eso? Yo les digo, No, pero a menos que ustedes se arrepientan, todos perecerán de igual manera. En otras palabras, Jesús les dijo “¿Se admiran ustedes que unos pocos Galileos fueron matados por Pilatos? De lo que se deberían de admirar es, que a todos ustedes no los han matado, y que algún día lo serán, si no se arrepienten”.

Sproul señalaba que ahí está la vieja manera de ver el problema del hombre carnal en su relación con Dios, y la manera como la Biblia ve el problema de la relación del hombre con Dios. Los hombres, razonando humanamente, se sorprenden que Dios tenga que quitar la vida y el gozo a sus criaturas. Mas en la Biblia centrada en Dios es admirable ver que Dios detenga el juicio a los pecadores. Una de las implicaciones que esto tiene para los predicadores es que, quien toma las sugerencias de la Biblia y no del mundo, siempre tendrá lucha con las realidades espirituales, que muchos de los que les escuchan, ignoran que existen o consideren esenciales. Pero el punto relevante es que el problema fundamental con la prédica, ya sea de alguien centrado y maduro como nosotros, se dé cuenta o no, es: ¿Cómo puede un predicador proclamar esperanza a los pecadores, teniendo presente la irrevocable justicia de Dios?

Mas la gloriosa solución a ese problema, es la expiación realizada en la cruz, tal como es expuesta en esta cita parafraseada de Romanos 3:23/26:

> *-23- Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios.* (Cambiaron la gloria de Dios por la gloria de la criatura- Rom. 1:23) *-24- Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, –25- a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre,* (He allí la cruz) *para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, -26- con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que santifica al que es de la fe en Jesús.*

Lo que este admirable pasaje dice es que el problema fundamental de la prédica ha sido resuelto por la cruz. Sin la cruz, la justicia de Dios nos mostraría únicamente la condenación de los pecadores, y la meta de la prédica quedaría abortada – Dios no podría ser glorificado en la alegría de sus criaturas pecadoras. Su justicia serviría simplemente para la destrucción de ellos.

Lo que el texto enseña es que – a pesar de que todos desprecian la gloria de Dios (conforme Rom. 3:23) y a pesar de que la justicia de Dios es su inalterable compromiso de mantener su gloria (implicada en 3:25) – sin embargo Dios diseñó la forma de vindicar el valor de su gloria y al mismo tiempo darle esperanza a los pecadores que desprecian esa gloria. Su diseño fue la muerte de su Hijo. Requirió el altísimo costo de la muerte del Hijo de Dios para reparar la deshonra que mi orgullo a acarreado a la gloria de Dios.

Tuercen horriblemente el significado de la cruz los arrogantes profetas contemporáneos que me dicen que la cruz es un testimonio de mi infinito valor, puesto que Dios estuvo dispuesto a pagar tan alto costo para reclutarme. La perspectiva bíblica de la cruz es testimonio del infinito valor de la gloria de Dios, así como testimonio de la enormidad de mi pecado de orgullo. Lo que debería de asustarnos es que hemos tenido tal desprecio por la gloria de Dios, que la mera muerte de su Hijo es requerida para la vindicación de tal valor. La cruz se levanta en testimonio del infinito valor de Dios y de la infinita afrenta del pecado.

Por tanto, lo que Dios logró en la cruz de Cristo es la garantía o campo para la prédica, que no tendría valor sin la cruz. La meta de una prédica debería contener una irresoluble contradicción – la gloria de la justicia de Dios magnificada en medio del gozo de una gente pecadora. Mas la cruz ha juntado dos lados de la meta que en la prédica parecen estar opuestas una con la otra: la vindicación y exaltación de la gloria de Dios y la esperanza y el gozo del hombre pecador.

En el capítulo 1 vimos que la predica es la proclamación de las buenas nuevas del celo de Dios de ser glorificado y que nuestro anhelo de satisfacción no se encuentren en conflicto. Y lo que hemos visto hasta ahora en este capítulo es que el campo de la proclamación es la cruz de Cristo. Este es el evangelio bajo el cual la prédica de todas las demás cosas está subordinadas. Sin la cruz, la prédica para glorificar la justicia de Dios en el regocijo del hombre pecador, carece de valor.

La Cruz como la Base De la Humildad de Predicar.

La cruz es también la base de la humildad al predicar, debido a que la misma es el poder de Dios para crucificar el orgullo tanto del predicador como de la congregación. En el Nuevo Testamento, la cruz no solamente es un sitio de sustitución objetiva, sino también al presente es un lugar de ejecución subjetiva – la ejecución de mi propia confianza y mi amor a la alabanza de los hombres. *“Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo”.* (Gal. 6:14.

El punto donde Pablo hace más énfasis sobre el poder de la cruz es en relación con su propia prédica. Dudo que haya un pasaje más importante en toda la Biblia sobre la prédica que en el primero y segundo capítulos de la 1ª. Carta a Corintios, donde Pablo muestra que el mayor obstáculo en la tarea de predicar en Corinto, era el orgullo. La gente amaba los dotes de oratoria, la agudeza del intelecto y los aires filosóficos. Se alineaban tras sus maestros favoritos y se ufanaban diciendo "Yo pertenezco Pablo" "Yo pertenezco a Apolo" "Yo pertenezco a Cefas".

La meta de Pablo en esos capítulos está declarada negativamente en 1:29, "a fin de que nadie se jacte en su presencia" (de Dios), y positivamente en 1:31, "para que como está escrito: El que se gloríe, gloríese en el Señor". En otras palabras, Pablo no nos niega la gran satisfacción que proviene de gozarse en la gloria y deleitarse en la grandeza. Mas tampoco niega la glorificación y la llenura que Dios refleja a él cuando la gente exalta a Dios y no al hombre. Sacie sus deseos de alardear, jactándose en el Señor.

Los objetivos de Pablo son los mismos objetivos del predicador Cristiano – la gloria de Dios en los corazones rebosantes de alegría por el Dios exaltado de los Cristianos. Mas el orgullo se interpone en el camino. Para quitarlo, Pablo habla del efecto de la cruz en su propia experiencia. Su punto relevante es que "la palabra de la cruz" (1:18) es el poder de Dios para doblegar el orgullo del hombre – tanto del predicador como del que escucha – y nos trae a la grata confianza de la misericordia de Dios, y no a la nuestra.

Permítame darle unos pocos ejemplos sobre esto, del texto: "Pues no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio; no con sabiduría de palabras, para que no se haga vana la cruz de Cristo" (1 Cor. 1:17) ¿Por qué iba a ser vana la cruz, si Pablo había llegado con elocuente oratoria y sabios desplantes filosóficos? Habría sido anulada, debido a que él habría estado cultivando la jactancia del hombre, que la cruz era para crucificar. Esto es lo que quiero decir cuando digo que la cruz es el terreno de la humildad de la prédica.

Consideremos el mismo punto en 2:1, "Así que hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabra o de sabiduría". En otras palabras evitó la oratoria intelectual ostentosa. ¿Por qué? ¿Cuál fue su propósito de menguar en esta predicación? El verso 2 lo dice claramente así: "Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado".

Creo que lo que quiere decir es que dispuso que su mente fuera tan saturada con el poder crucificante de la cruz, al punto que todo lo que dijo e hizo, en todas sus prédicas había el aroma de la muerte – muerte del yo, muerte del orgullo, muerte del alarde del hombre. En este aroma de muerte, la vida que las gentes verían, sería la vida de Cristo, y el poder que las gentes verían, sería el poder de Dios.

¿Por qué? ¿Por qué deseaba que las gentes vieran esto y no se fijaran en él? El verso 5 nos muestra que "para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios". En otras palabras, que Dios (no el predicador) pueda ser honrado en la confianza de su pueblo. Tal es la meta de la prédica.

Termino diciendo que la cruz de Cristo no solamente provee el fundamento a una prédica válida que nos permite proclamar las buenas nuevas de que un Dios justo puede y será glorificado en la grata sumisión de pecadores; sino que también es el fundamento de la prédica humilde. La cruz es un tema pasado de sustitución y una experiencia presente de ejecución.

Exalta la gloria de Dios y contrista el orgullo del hombre en el predicador. Es el fundamento de nuestra doctrina y de nuestra conducta.

Pablo llega a decir que a menos que el predicador sea crucificado (1 Cor. 1:17) su prédica será nula. Lo que nosotros somos en la prédica, es tremendamente crucial para lo que decimos. Por esta razón en el capítulo 3 toco el tema del poder de enseñanza del Espíritu Santo, y en el capítulo 4 la seriedad y gozo de predicar.

3

El Don de Predicar.
El Poder del Espíritu Santo.

La supremacía de Dios al predicar demanda el despliegue de la magnificencia de la gloria de Dios, (capítulo 1) sumada al poder de la cruz del Hijo de Dios para que nuestra prédica tenga una genuina validez con la humillación de nuestro orgullo (capítulo 2) Sin embargo, nada de esto ocurrirá por sí mismo. La soberana obra del Espíritu Santo deberá ser el poder por el que todo sea hecho.

¡Cuan dependientes somos del Espíritu Santo en la tarea de predicar! Toda prédica genuina comienza con un sentido de desesperación. Te despiertas el Domingo por la mañana y puedes percibir el humo del infierno a un lado y la fragante brisa del cielo en el otro. Vas al estudio y miras tu pobre manuscrito, y te arrodillas y clamas: Dios, ¡Esto es tan pobre! ¿Quién crees que soy yo? ¿Qué audacia, pensar que por tres horas mis palabras serán olor de muerte para la muerte y fragancia de vida para la vida? (2 Cor.2:16) Mi Dios, ¿Quien es capaz de todas estas cosas?

Phillips Brooks acostumbraba aconsejar a los jóvenes predicadores con estas palabras: “Nunca permitas sentirte igual a tu trabajo. Teme si alguna vez sientes ese espíritu creciendo en ti”. (1) Y una de las razones para temer es porque tu Padre te va a quebrantar y te humillará. ¿Hay alguna razón para pensar que Dios debería de modelarte para el ministerio de la prédica, en una forma diferente de como lo hizo con Pablo?

> Fuimos abrumados de sobremanera que hasta perdimos la esperanza de vivir. “Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos” (2 Cor. 1:8/9)
>
> Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en la carne... para que no me enaltezca sobremanera”. (2 Cor.2:7)

Los peligros de la propia confianza y la propia exaltación en el ministerio de la prédica son tan insidiosos que Dios nos va a golpear a fin de quitarnos nuestra confianza en sí mismos y el uso casual de nuestras tácticas profesionales.

Por eso Pablo predicaba “en debilidad y mucho temor y temblor” – reverente ante la gloria del Señor, quebrantado en su orgullo original, crucificado con Cristo, alejando los aires elocuentes e intelectuales. ¿Y que sucedió? Hubo una demostración de Espíritu y poder (2:4)

Sin esta demostración de Espíritu y poder en nuestra prédica, nada de valor alguno se logrará, no importa cuanta gente pueda admirar nuestra lógica y gustar nuestras ilustraciones o aprender de nuestra doctrina. La meta de la prédica es la gloria de Dios en la grata sumisión de su pueblo. ¿Cómo recibirá Dios gloria de una acción que definitivamente es humana? La 1ª. de Pedro 4:10/11

nos da una tremenda respuesta a esa pregunta: “Cada uno conforme al don que ha recibido, minístrelo a los otros, como administradores de la multiforme sabiduría de Dios. Si alguno habla, hable conforme la sabiduría de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenece la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén”.

Pedro nos dice que cuando se trata de hablar y servir, hablemos palabra de Dios confiados en *el poder* de Dios, y que el resultado será la Gloria de Dios. Al predicar, el que escoge la agenda y da el poder, recibe la gloria. De manera que si la meta de la prédica se ha a lograr, simplemente debemos predicar la palabra inspirada por el Espíritu de Dios en el poder dado por el Espíritu de Dios.

Así pues, enfoquemos estos dos aspectos de la prédica – lo que el Espíritu ha inspirado a la Palabra y el poder de Dios que ha venido a nosotros por la unción del Espíritu. A menos que aprendamos a confiar en la Palabra del Espíritu y el poder del Espíritu con toda honestidad y humildad, no será Dios quien reciba la gloria en nuestra prédica.

Dependiendo del Don de la Palabra – La Biblia.

Oh, ¡Es menester decir mucho acerca del uso de la Biblia en la prédica! A estas alturas, depender del Espíritu Santo, significa creer de todo corazón que “toda Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Tim. 3:16), creyendo que “nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron inspirados por el Espíritu Santo”. (2 Ped.1:21), y teniendo una gran convicción que las palabras de la Escritura “no enseñan con palabras de sabiduría humana, sino con las del Espíritu” (1ª. Cor. 2:13) Allí donde la Biblia es estimada como la infalible palabra de Dios, la predica puede florecer. Pero donde la Biblia es considerada como un mero registro de valioso contenido religioso, la prédica muere.

Pero la prédica no florecerá automáticamente ahí donde la Biblia se crea infalible. Entre los evangélicos de hoy día, hay otras maneras efectivas para reducir el poder y la autoridad de la prédica bíblica. Hay teorías subjetivas del conocimiento que reducen proporcionalmente la revelación. Hay teorías ligüísticas que cultivan una atmósfera exegética o de ambigüedad. Hay una clase de relativismo cultural popular que permite a las personas volverse petulantes con incómoda enseñanza bíblica.

Allí donde esta clase de cosas anidan, la Biblia será silenciada en la iglesia, y la prédica se tornará un reflejo de asuntos corrientes y de opiniones religiosas. Decididamente, que no fue eso lo que Pablo quiso decir a Timoteo: “Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la palabra...”.

La Palabra. Eh ahí el meollo. Toda prédica Cristiana debería ser una exposición y una aplicación del texto bíblico. Nuestra autoridad como predicadores enviados por Dios, crece o disminuye con nuestra alianza manifiesta al texto de la Escritura. Digo manifiesta porque hay tantos predicadores que alegan estar haciendo una exposición aun cuando no basan sus afirmaciones explícitamente – manifiestamente – en el texto. Ellos no muestran con claridad a su audiencia que las afirmaciones

de su prédica provienen de palabras específicas, verificables de la Escritura que ellos pueden ver por sí mismos.

Uno de los problemas más grandes que tengo con los jóvenes predicadores, que debo criticar, es que ellos dejan de citar el texto bíblico que apoya el punto que señalan. Me hace pensar que han sido enseñados que uno debe tomar el aire de un texto para luego usar sus propias palabras durante treinta minutos. El efecto de tal prédica, deja a las gentes a tientas por la Palabra y dudando si lo que tu dices está en realidad en la Biblia.

En vez de eso, para esta sociedad civilizada, necesitamos hacer que las gentes abran sus Biblias y pongan sus dedos en el texto. (2) Luego debemos citar una parte del texto y explicar que significa. Luego decirles en cual mitad del verso está. Las gentes pierden todo el sentido del mensaje cuando andan tanteando para encontrar de donde provienen las ideas del pastor. Luego debemos de citar otra parte del texto y explicar lo que significa. Nuestra explicación va a traer otros pasajes de la Escritura. ¡Cítelos! Nunca diga generalidades como: "Como Jesús dijo en el sermón del Monte de los Olivos". Durante el curso o al final de la prédica, debemos urgir sus conciencias con penetrantes exhortaciones.

Estaremos simplemente llenando de confusión a las gentes cuando les decimos y no les mostramos el texto, lo cual no honra la Palabra de Dios o la obra del Espíritu Santo. Te animo a que dependas del Espíritu Santo, saturando tu prédica con Palabra que él ha inspirado.

Debemos también de depender de la ayuda del Espíritu Santo para interpretar la Palabra. Pablo dijo en 1 Cor. 2:13/14, que él interpreta cosas espirituales a las gentes espirituales (es decir, a quienes tienen el Espíritu) debido a que el hombre natural no recibe las cosas del Espíritu, "porque son locura para él". Se requiere del Espíritu Santo para hacernos dóciles a la Biblia. La labor del Espíritu Santo en el proceso de interpretación, no es la de añadir información, sino la de darnos la disciplina para estudiar, y la humildad para aceptar la verdad que encontremos sin tergiversarla. Frecuentemente el descubrimiento de algo necesitado desesperadamente o una percepción interna es el don añadido a su providencial guianza.

Les invito a ser como John Wesley en este asunto de confiar en la Palabra del Espíritu, la Biblia. Dijo: "¡Oh, dadme ese libro! ¡A cualquier precio dadme ese libro de Dios! Lo tengo: aquí hay el conocimiento suficiente para mí. Permítanme que sea un hombre de un solo libro". (3)

No es el caso de que la lectura de otros libros o el conocimiento del mundo contemporáneo sea sin importancia, pero el más grande peligro es olvidarse del estudio de la Biblia. Cuando un pastor sale del seminario, en el ministerio de la iglesia ya no hay cursos, ni deberes, ni maestros, solamente están el pastor, su Biblia, y sus libros. Y la mayoría de los predicadores se quedan cortos de la resolución que Jonathan Edwards tomó cuando andaba en sus veinte, de "Estudiar las Escrituras regular, constante y frecuentemente, hasta que pueda hallar y plenamente percibir que estoy creciendo en el conocimiento de la misma". (4)

Los predicadores realmente efectivos siempre han estado creciendo en la Palabra de Dios. Su deleite está en la ley del Señor y en su ley meditan día y noche. Spurgeon dijo de John Bunyan, "Pínchale en cualquier parte y descubrirás que su sangre es Biblina, pues la mera esencia de la Biblia fluye de él. No puede hablar sin citar un texto, porque su alma está llena de la Palabra de

Dios". La nuestra también debería ser así. Eso es lo que quiere decir confiar en el don de la Palabra del Espíritu.

Dependiendo del Don del Poder del Espíritu.

Hay sin embargo, la experiencia real del poder del Espíritu en los eventos de prédica. La 1ª. Pedro 4:11 dice que aquel que sirva debería hacerlo en el poder que Dios da, para que Dios y no el sirviente, pueda recibir la gloria. ¿Cómo predicar de tal manera? Prácticamente, ¿Qué significa hacer algo – como predicar – en el poder de otra persona?

Pablo observó esta relación en la 1ª. Corintios 15:10. "he trabajado mas que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo". En Romanos 15:18 dijo: "Porque no osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí para la obediencia de los gentiles, con la palabra y con las obras". ¿Cómo debes predicar de manera que la prédica sea una demostración del poder de Dios y no el tuyo propio?

Estoy tratando de aprender la respuesta a esa pregunta en mi propia vida de predicación. Tengo un largo camino que andar antes de que pueda estar satisfecho con mi prédica. No veo la medida del fruto que anhelo. Reavivamiento y despertar no han venido a mi propia congregación con la fuerza y la profundidad que deseo. Lucho con desánimo ante el pecado en nuestra iglesia y la debilidad de nuestro testimonio en un mundo agonizante. Así que para mí el decir, "Así es como se predica en el poder del Espíritu" es una cosa muy riesgosa. Sin embargo puedo describir donde estoy en la búsqueda de esta valiosa experiencia indispensable.

Hay cinco pasos que sigo, tratando de predicar no en mi propia fortaleza sino en la fuerza que Dios suple. Yo las resumo con un acrónimo para poder recordarlas cuando mi mente se nubla por el temor y la distracción. El acrónimo es APTAT.

Imagíneme en mi silla detrás del púlpito en la Iglesia Bautista Bethelehem. Digamos que son las 10:15 de la mañana de un Domingo. El ofertorio termina y uno de mis asociados se llega al púlpito a leer el texto para el mensaje de la mañana, antes que yo comience a predicar. Conforme comienza a leer, agacho mi cabeza ante el Señor por una última transacción antes del sagrado momento de predicar. Casi siempre pongo mi corazón ante el Señor por medio de APTAT. **(AOCAG) en Español.**

1 **Admito** ante el Señor mi total inutilidad sin él. Yo afirmo que Juan 15:5 es en aquel instante una verdad absoluta para mí: "Fuera de mi no podéis hacer nada". Declaro a Dios que mi corazón no latiría, mis ojos no verían, mi memoria me fallaría sin él. Sin Dios yo estaría plagado de distracciones y centrado en mi mismo. Sin Dios dudaría de su realidad. No amaría a las personas, ni me sentiría temeroso ante la verdad que estoy pronto a hablar. Sin él la Palabra caería en oídos sordos, ¿Porque quien más puede levantar a los muertos? Sin tú, ¡Oh Dios!, no puedo hacer nada.

2 Por consiguiente **Oro** por ayuda. Ruego para que la inspiración, el poder, la humildad, el amor, la memoria y la libertad necesarias para predicar este mensaje para la gloria del nombre de Dios, para el regocijo de su pueblo y la congregación de sus elegidos. Acepto la invitación de: “E invócame en el día de la angustia; Te libraré, y tu me honrarás” (Salmo 50:15) El inicio de esta oración no tiene por motivo la salvación. La preparación del sermón fue realizada casi en constante súplica de ayuda, y me levanto tres y media horas antes del primer servicio para dedicar dos horas preparando mi corazón a estar presto como sea posible antes de venir a la iglesia. Y durante ese tiempo yo indago por alguna promesa en la Palabra que servirá de base para el paso siguiente en APTAP (AOCAG en Español)

3 **Confiar.** Yo no confío meramente de una manera general en las bondades de Dios, sino en una promesa específica en la que pueda depender para esa hora. Yo encuentro esta confianza específica en alguna Palabra de Dios en particular muy esencial para luchar contra los asaltos de Satanás en aquellos momentos. Recientemente me fortalecí con el Salmo 40:17, “Aunque afligido yo y necesitado, Jehová pensará en mi. Mi ayuda y mi libertador eres tu; Dios mío no te tardes”. Memoricé el verso por la mañana, me lo recité a mí mismo un momento antes de la prédica, lo creí, resistí al Diablo y...

4 **Actuar.** Y actué confiando que Dios cumpliría su Palabra. Puedo testificar que, aunque la llenura de la bendición que yo espero ver se ha tardado, Dios nos ha visitado una y otra vez desplegando su gloria y la creación de grata sumisión a su voluntad. Esto nos lleva al último paso.

5 **Gratitud.** Doy gracias a Dios. Al final del mensaje expreso mi gratitud, porque me ha sostenido, y por la verdad de su Palabra y del canje de su cruz, que han sido predicados en cierta medida en el poder de su Espíritu para la gloria de su nombre.

4

La Seriedad y el Regocijo De la Prédica.

Hace doscientos cincuenta años, la prédica de Jonathan Edwards provocó un gran despertar en las iglesias. Fue un gran teólogo (hay quienes dicen que nadie como él en la historia de la iglesia), un gran hombre de Dios y un gran predicador. Resulta imposible copiarle estrictamente, mas, mucho podemos aprender de este hombre, especialmente acerca del tema de su pesada carga por predicar.

Desde cuando era joven fue fervoroso y intenso en todo lo que hizo. Una de sus decisiones colegiales fue, "resuelvo vivir con todas mis fuerzas mientras viva". Sus prédicas fueron serias de principio a fin. En vano buscará usted una broma en los 1200 sermones que dejó.

En 1744 en un sermón de ordenación dijo: "Si un ministro tiene luz sin calor y entretiene (a sus oyentes) con discursos aprendidos, sin el sabor del poder de la deidad, o con alguna apariencia de espíritu fervoroso, y celo por Dios y el bien de las almas, podrá agradar a los oídos hambrientos, y llenar las mentes de sus gentes con asuntos vanos, pero seguramente no enseñará a sus corazones, o salvará sus almas". (1)

Edwards tuvo una tremenda convicción de la realidad de las glorias del cielo y de los horrores del infierno, que volvió sus prédicas tremendamente honestas. Fue duramente criticado por su participación en el fervoroso reavivamiento. Clérigos de Boston tales como Charles Chauncy, juntamente con otros le acusaron de sacudir con demasiado emocionalismo el serio temor acerca de la eternidad. Edwards respondió así:

Si alguno de ustedes que es cabeza de familia, viera a uno de sus hijos que está en medio de una casa que está quemándose y se encuentra ante el inminente peligro de ser consumido por las llamas, que sin darse cuenta del peligro rehusara escapar, a pesar de que usted ya le hubiera hablado repetidas veces advirtiéndole del peligro, ¿Acaso llegaría usted a hablarle de una manera fría e indiferente? ¿No le gritaría, y le advertiría y le mostraría el peligro así como su insensatez al demorarse, de la manera más vívida que le fuera posible? ¿Acaso la naturaleza misma no enseña esto, y le obliga a usted? Si usted continuara solo hablándole de una manera fría, tal como es acostumbre hacerlo en una conversación sobre temas indiferentes, ¿Acaso los que le rodean no comenzarán a pensar que usted ha perdido la razón?

Si entonces nosotros que cuidamos de las almas supiéramos lo que es el infierno, visto la condición de los condenados o de alguna manera nos volviéramos sensible a cuan terrible era su caso... y viéramos a nuestros oyentes en eminente peligro, y que ellos no percibieran el peligro... ¿sería moralmente imposible evitar que nosotros expusiésemos con sinceridad ante ellos lo espantoso de esa calamidad a la que están expuestos... y advertirles que huyan de ella, y aun gritarles desaforadamente? (2)

De los testimonios de sus contemporáneos, sabemos que los sermones de Edwards eran tremendamente poderosos en su efecto sobre las gentes de su congregación de Northampton. No es porque él fuera algo así como un orador dramático como lo fue George Whitefield. En los días del despertamiento aun escribió todos sus sermones y los leyó con pocas gesticulaciones.

Entonces ¿Donde estaba su poder? Sereno Dwight, quien recopiló sus memorias, atribuía su éxito en parte a "la profunda y penetrante solemnidad de su mente. En todo momento siempre tuvo una solemne conciencia de la presencia de Dios. Esto era visible en su apariencia y su semblante. Sin duda tenía una controlada influencia para todo lo que preparaba para el púlpito, que era manifiesta en todos sus servicios. Sus efectos en la audiencia eran inmediatos e irresistibles".

No había estudiado variaciones de la voz, ni fuertes énfasis. Escasamente gesticulaba, o aun se movía, y no hacía ningún intento de elegancia para su estilo, o para embellecer su estampa, para satisfacer el gusto y fascinar la imaginación. Pero si usted considera la elocuencia como el poder de presentar una verdad importante ante una audiencia tremendamente cargada de argumentos y con tal intensidad de sentimientos que el alma entera del disertante es llevada en cada parte de la concepción y su entrega de modo que la solemne atención de toda la congregación esté fija de principio a fin, y dejan las impresiones de que no pueden ser borradas; Mr. Edwards fue el hombre más elocuente que he oído. (4)

Intensidad de sentimientos, argumentos de peso, mente penetrante, sabor de piedad, espíritu fervoroso, celo por Dios – tales son las señas de la "seriedad de una prédica". Si hay algo que podamos aprender de Edwards es tomar nuestro llamamiento en serio no menospreciando la Palabra de Dios y la acción de predicar.

Cien años después de Edwards en Escocia un malintencionado pastor llamado Thomas Chalmers fue convertido en su pequeña parroquia de Kilmany. Se convirtió en un poderos evangelizador para las misiones mundiales desde su pastorado en Glasgow y desde su atril de la Universidad de San Andrés y más tarde en Edimburgo. Su fama y poder en el púlpito fueron en su tiempo legendarias.

Sin embargo, de acuerdo a James Stewart, Chalmers predicaba con un desconcertante acento provincial, con una casi total falta de gestos dramáticos, ceñido firmemente al texto con su dedo siguiendo las líneas del manuscrito conforme leía".(5) Andrew Blackwood se refiere a Chalmers como "atado al manuscrito, empleando largas frases" (6) ¿Cual pues, era su secreto? James Alexander quien por ese tiempo enseñaba en Princeton le preguntó a John Mason a su regreso de Escocia, por qué Chalmers era tan efectivo, a lo que Mason respondió: "Es por la honestidad que lleva en su sangre". (7)

Deseo dar tan fuerte convicción como las palabras puedan comunicar, que el trabajo de predicar debe de ser realizado con "máxima honestidad". No corramos el riesgo de una imitación mecánica de Edwards y Chalmers y sus padres Puritanos. Hemos descendido tanto de sus conceptos de prédica que no les podríamos imitar si tratáramos. Hablo de descender porque ya sea que se deba leer un manuscrito o que el sermón sea de dos horas de largo y sus frases complicadas con algunas historias, el hecho es que la gloria de estos predicadores fue su honestidad – una sinceridad que podemos llamar seriedad. La mayoría de las personas tienen muy poca experiencia de profundos, sinceros, reverentes y poderosos encuentros con Dios al predicar, y la única asociación que viene a sus mentes cuando tal noción es mencionada, es que el predicador es de mal genio o aburrido o lúgubre o triste o áspero o inamistoso.

Si usted intenta traer un santo silencio sobre la gente en un servicio de adoración, tenga la seguridad que alguien dirá que la atmósfera es inamistosa o fría. Todo lo que muchas gentes pueden imaginar es que la ausencia del hablar, significará la presencia de una rígida, rara y poco amigable atmósfera. Debido a que tienen poca o ninguna experiencia con el profundos regocijo en momentos de seriedad, ellos buscan la alegría de la única manera que saben – siendo superficiales, alegres y habladores.

Los pastores se han acostumbrado a esta corta visión de gozo y amistad que ahora se cultiva por toda la tierra, rebajando el púlpito y la palabra casual, que hace que la honestidad de Chalmers y la penetrante solemnidad de la mente de Edwards, sean impensables. El resultado es que los

Domingos se hacen o dicen prédicas plagadas de trivialidades, ligerezas, descuidos, petulancia y un espíritu sin nada de eternidad e infinitas proporciones. Si fuera a colocar mi tesis en una frase bien pensada, sería así: La alegría y la seriedad deberían de estar entretejidas ambas en la vida y la prédica del pastor en forma tal de sosegar el alma descuidada y endulzar las cargas de los santos. Hablo de "endulzar" porque se aplica a la capacidad del gozo que tengo en mente, de mitigar el sufrimiento, que evita pequeños y volubles intentos de provocar el gozo en una congregación. El amor por la gente no resta valor a preciadas realidades (de ahí el llamado a la seriedad), y el amor a las gentes no les pone cargas de obediencia sin proporcionarles la fuerza del gozo de ayudar, para ayudarles a llevarlas (de ahí el llamado al regocijo)

El gozo en predicar es un acto de amor. La gente siempre se admira cuando digo que si un pastor ha de amar verdaderamente a su gente, deberá diligentemente buscar su felicidad en el ministerio de la Palabra. La gente ha sido consistentemente enseñada a que para ser una persona amorosa debes abandonar la búsqueda de tu propia felicidad. Está bien recibirla como un inesperado y no buscado resultado de amar (si ello fuera psicológicamente posible), pero no está bien dedicarse a ser feliz.

Yo afirmo lo contrario: Si eres indiferente a tu gozo en ministrar, eres indiferente a un elemento esencial del amor. Y si intentas abandonar tu gozo en el ministerio de la Palabra, lucharás contra Dios y tu gente. Considere Hebreos 13:17 "Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría *(meta charas),* y no quejándose *(stenazontes)* porque esto no es provechoso a ti. *(alusiteles gar humin touto)*

Un pastor que lea esto no puede ser indiferente a su gozo si ama a su gente. El texto dice que el ministerio sin gozo no ayuda a las gentes. Mas el amor va con provecho para nuestra gente. Así, el amor no puede olvidar el cultivo de su propio gozo en la ministración de la Palabra. Pedro lo pone en la forma de un mandato: "Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto". (1 Ped.5:2/3) "Voluntariamente" y "ánimo pronto" son sencillamente dos términos diferentes de alegremente.

Una de las razones por lo que el elemento esencial del amor es el contentamiento por nuestro trabajo, es que usted no puede siempre dar aquello que no tiene. Si usted no da alegría, no da el evangelio; lo que da es legalismo. Un pastor que toma su trabajo como obligación, sin alegría, traslada ese mismo espíritu a su gente y su nombre es hipocresía y atadura legalista, no la libertad para aquellos cuyo yugo es liviano y cuya carga es ligera.

Otra razón es, que un pastor que no está en verdad alegre en Dios, no le glorifica. No puede hacer que Dios luzca glorioso, si el conocer y servir a este Dios, no le produce alegría a su alma. Un conductor de turismo en los Alpes, aburrido y carente de entusiasmo, contradice y deshonra la majestad de las montañas.

Phillips Brooks tenía razón en su estimación de que para que un predicador tenga éxito, debe de gozar plenamente con su trabajo, porque "su máximo gozo es la gran ambición que tiene al frente, de glorificar al Señor y de salvar las almas de los hombres. No hay en la tierra gozo comparable... Conforme leemos sobre la vida de todos los predicadores más destacados del pasado, o conforme

conocemos a los hombres que son poderosos predicadores de la Palabra hoy en día, sentimos cuan verdadera y profundamente el ejercicio de sus ministerios les deleita" (3)

La alegría de predicar es esencialmente bíblica si amaramos a los hombres y glorificáramos a Dios – y estas son las dos grandes finalidades de la prédica.

Pero existe una gran diferencia entre el gozo de Edwards y las risas y chistes de muchos pastores en los cuales los hilos de felicidad no están entretejidos con una santa seriedad. Edwards dijo: "Toda grata devoción que sea dulce aroma a Cristo y que llene el alma de un Cristiano con dulzura celestial y fragancia son afecciones de corazones quebrantados... Los deseos de los santos entre más sinceros, son deseos humildes: su esperanza es una esperanza humilde; su gozo aún cuando sea inexplicable y lleno de gloria es un gozo humilde de quebrantado corazón..." (9) Hay algo acerca de la ligera carga de nuestros pecados, comparada con la magnitud de la santidad de Dios y la seriedad de nuestro llamado, que debería de producir un aroma de humilde seriedad a la alegría de nuestra predica.

La seriedad en la prédica es apropiada porque la prédica es el medio dispuesto por Dios para la conversión de los pecadores, el despertar de la iglesia y para la preservación de los santos. Si la prédica falla en su cometido, las consecuencias son infinitamente terribles. "Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación". (1 Cor. 1:21)

Dios salva a las gentes de la ruina eterna por medio de la prédica. Cuando Pablo pondera esto en 2ª. Corintios 2:15/16, siente el tremendo peso de su responsabilidad: "Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden, a estos ciertamente olor de muerte para muerte, y a aquellos olor de vida para vida. Y para estas cosas ¿quien es suficiente?"

Es sencillamente estupendo pensar que – cuando predico, ¡el eterno destino de los pecadores cuelga de la balanza! Si a una persona no se le presente este hecho con seriedad y honestidad, inconscientemente aprende que las realidades del cielo y del infierno no son serias. No puedo menos que pensar que esto es lo que están comunicando por las casuales gracejadas que se dan en muchos púlpitos. James Denney dijo: "Ningún hombre puede dar la impresión de que él es muy listo y de que Cristo es poderoso para salvar" (10) John Henry Jowett dijo: "Nunca alcanzaremos el santuario del alma de un hombre con las aptitudes de un presentador de espectáculos o de un bufón". (11) Sin embargo muchos predicadores creen que deben decir algo bonito, listo o divertido.

Parece que existe un temor de aproximarse a la sangrante honestidad de Chalmers. Yo he visto un extraño silencio invadir una congregación y observar al predicador, aparentemente sin intención, interrumpirlo con una rápida e insignificante mofa o usar un juego de palabras o gracejada.

La risa parece haber sustituido el arrepentimiento como objetivo de algunos predicadores. La risa quiere decir que las gentes se sienten bien. Significa que usted les ha animado. Significa que usted tiene alguna medida de poder. Parece tener todas las señas de éxito en la comunicación – si la profundidad del pecado y la santidad de Dios y el peligro del infierno mas las necesidades de los corazones se dejan de un lado. Literalmente me sorprenden las conferencias en las que los predicadores mencionan la necesidad de un reavivamiento, mas luego procede a cultivar una atmósfera en la que nunca se podrá dar. En meses recientes leí *Disertaciones sobre*

Reavivamientos de William Sprague y las memorias de Asahel Nettleton, un poderoso evangelista del Segundo Gran Despertar.

El profundo despertar en estos avivamientos fue acompañado de un espíritu de seriedad entre el pueblo de Dios. Cito parte de las memorias de Nettleton.

> Otoño de 1812, South Salem, Connecticut: "Su prédica produjo de inmediato solemnidad en las mentes de las gentes... La seriedad pronto se regó por el lugar, y el tema de la religión pronto se tornó en tópico de conversación". Verano de 1813, North Lyme: "No había seriedad especial cuando comenzó sus labores. Pero pronto una profunda solemnidad cayó sobre la congregación" Agosto 1814, East Granby: "El efecto de su entrada en el lugar fue electrizante. La escuela... se llenó de vibrantes adoradores. La comunidad se llenó de solemne seriedad".

La primerísima cosa que Sprague menciona en su capítulo sobre la manera de producir y promover avivamientos, es la seriedad:

Exhorto a cualquiera de ustedes que haya estado en medio de un avivamiento, donde una profunda solemnidad no haya impregnado la escena... Y si usted en tal momento ha deseado estar alegre, ¿Qué no ha sentido que ese no es el lugar para ello? Sería más que ridículo conducir tal trabajo por medios que no están marcados por una profunda seriedad o introducir cualquier cosa que busque despertar y desear emociones triviales, cuando todas ellas deberían ser sacadas de la mente. Toda anécdota lasciva, y expresiones, gestos y actitudes similares nunca están tan fuera de lugar como cuando el Espíritu Santo se mueve en los corazones de una congregación. Cada una de estas cosas sin duda contrista al Espíritu Santo porque contradicen directamente la tarea a que ha sido enviado. – de convencer a los pecadores de su culpa y renovarles por el arrepentimiento.

A pesar de esta realidad histórica, que parece tan obvia por la misma naturaleza de las cosas, algunos predicadores que lamentan la ausencia de un avivamiento en nuestro día, parecen estar congelados por un temor a ultranza frente a un grupo de gentes. Algunas veces pareciera que las cosas más leves son los enemigos más grandes de un genuino trabajo espiritual que se está logrando en el auditorio.

Charles Spurgeon tuvo un profundo y robusto sentido del humor. Solía usar el humor para grandes efectos. Robertson Nicoll, sin embargo, escribió de Spurgeon, tres años después de la muerte de este gran predicador: "El evangelismo de tipo humorista podrá atraer a las multitudes, pero deja a las almas en ascuas y destruye el mero germen de la religión. Muchos no conocen sus sermones que Mr. Spurgeon fue un predicador con humor. De hecho no hay otro predicador cuyo tono sea tan uniformemente honesto y solemne" (14)

Spurgeon es un excelente ejemplo debido a que creía firmemente en el lugar adecuado del humor y la risa de los humanos. Una vez dijo a sus alumnos: "Debemos de conquistar – especialmente algunos de nosotros – nuestra tendencia a las veleidades. Hay una gran diferencia entre el santo gozo, que es una virtud, con la ligereza que es un vicio. Hay ligerezas que no tienen lo suficiente para hacer reír, sino que menosprecian todo, petulantes, vacías e irreales. Una gran carcajada no es menos ligera que un gran grito" (15)

Es una señal de estos tiempos que los predicadores sean más inclinados al humor que a las lágrimas. El apóstol Pablo habló con lágrimas de los pecadores en Filipenses 3:18 porque vivían

una vida “como enemigos de la cruz de Cristo”. Sin las lágrimas nunca habrá el avivamiento que necesitamos, como tampoco habrá una renovación espiritual duradera.

De no caer sobre una congregación un poderoso espíritu de amor y convicción, a menos que el pastor, con toda honestidad y seriedad pueda comenzar su sermón de Pascua, no con un chiste o una bonita historia sino con las palabras de John Donne: “ ¿Qué mares proporcionaría a mis ojos las suficientes lágrimas a derramar, si pensara que de toda esta congregación que ahora me mira, yo no iba a encontrar a uno en la Resurrección en aquella diestra de Dios”. (16)

La seriedad y la sinceridad en la prédica son apropiadas no solamente (como lo hemos visto) debido a que la prédica es instrumento de Dios para el delicado asunto de salvar pecadores y revivir a las iglesias, sino que también, es el instrumento de Dios para preservar a los santos. Pablo dijo en 2 Timoteo 2:10, “Por tanto todo lo soporto por amor de las escogidos, para que ellos obtengan la salvación que es en Cristo Jesús para vida eterna”. La seriedad obra a favor de los elegidos, por tanto no es un adorno en el tema de su eterna seguridad. Se trata de los medios dispuesto por Dios para conservarlos seguros. La eterna seguridad es proyecto comunitario, (Hebreos 3:12/13) y la prédica es parte del poder seguro de Dios. Dios ciertamente llama por medio de la Palabra que guarda eficazmente.

Podemos decir que la eterna seguridad es ciertamente para cristianos, sin embargo evita una mirada mecánica que resta la profunda honestidad de la ministración semanal de la prédica a los santos. Bíblicamente Dios utiliza la honesta aplicación de los medios de la gracia para mantener a su pueblo seguro; uno de tales medios es la prédica de la Palabra de Dios. El cielo y el infierno son expuestos cada Domingo por la mañana, no por los incrédulos que podrían estar presentes pero también por las gentes que son salvas, “Si continúan en la fe” (Col. 1:23) Pablo relaciona la firmeza de la fe con la prédica de la Palabra de Dios en el evangelio (Rom.110:17)

Seguramente que cada predicador diría, con toda seriedad, “Quien es capaz para estas cosas” – salvar pecadores, revivir la iglesia, proteger a los santos! Así, yo repito mi tesis: La alegría y la seriedad deberán ir entretejidas en la vida y la prédica de un pastor de tal manera que pueda serenar el alma descuidada y endulzar las cargas de los santos. El amor por las gentes no puede tratar las tremendas realidades de las gentes con ligereza (de ahí la seriedad), y el amor por las gentes no puede ser cargado con obediencia sin alegría (de ahí la alegría) Existen siete sugerencias prácticas a seguir para cultivar la seriedad y la alegría en su prédica.

Primero. Luche por una alegre santidad, práctica y honesta, en cada área de su vida. Una de las razones es que usted no puede ser algo en el púlpito que no esté practicando en la semana – no por mucho tiempo. Usted no puede ser totalmente sincero en el púlpito y habitualmente petulante en la reunión del diaconado y la cena de la iglesia. Tampoco puede usted mostrar la gloria de Dios en la alegría de su prédica si usted es insolente, lúgubre e inamistoso durante la semana. No luche por ser cierta clase de predicador. Luche por ser una persona de clase.

Segundo. Haga su vida – especialmente su vida de estudio – una vida de constante comunión con Dios por la oración. El aroma de Dios no permanece en una persona que no permanezca en la presencia de Dios. Richard Cecil dijo que “el defecto más grande de los ministros Cristianos es la necesidad del hábito devocional”. Somos llamados al ministerio de la Palabra y *la oración*, porque

sin la oración el Dios de nuestros estudios dejará de ser temido y sin inspiración, y un Dios de insípidos de académicos juegos humanos.

Provechosos estudios y ferviente vida de oración se complementan. B. B. Warfield oyó decir a una persona que Diez minutos en sus rodillas le dará un verdadero y profundo conocimiento de Dios, mas que diez horas en sus libros. Su respuesta era exactamente correcta. "!Cómo! ¿Que tal diez horas de rodillas sobre sus libros? Y lo mismo es verdad en el hecho de preparar nuestros sermones. La norma de Cotton Mather era la de detenerse al final de cada párrafo conforme escribía su sermón para orar y examinarse tratando de fijar en su corazón alguna santa impresión de su tema. Sin este espíritu de oración constante no podremos mantener la seriedad y la alegría que mora en la vecindad del trono de la gracia.

Tercero. Lea libros de aquellos que destilan Biblia cuando usted los pincha y que son honestos de corazón acerca de la verdad que discuten. De hecho descubrí un consejo transformador cuando un profesor de seminario nos pidió buscar a un gran evangelista teólogo, y sumergirnos en su vida y sus escritos. A apenas puedo sobrestimar el efecto que ha tenido en mi vida, vivir con Jonathan Edwards mes tras mes desde mis días de seminario. Y por medio de él encontrar mi camino a los hombres más modestos en el mundo – Calvino, Lutero, Bunyan, Burroughs, Bridges, Flavel, Owen, Charnock, Gurnall, Watson, Sibbes y Ryle! Busque los libros que son sinceros de corazón acerca de Dios, y descubrirá que ellos conocen el camino que conduce al gozo con mas exactitud que muchos otros guías contemporáneos.

Cuarto. A menudo dirija su mente a contemplar la muerte. Es absolutamente inevitable que el Señor se demore y es además muy importante. No pensar en sus implicaciones para la vida y la prédica es increíblemente ingenuo. Edwards fue lo que fue – con profundidad y poder (y onces hijos creyentes!) – porque las decisiones como estas, que tomó en su juventud.

9. *Resuelvo.* En toda ocasión pensar mucho acerca de mi muerte y las circunstancias comunes que la rodean.

55 *Resuelvo.* Esforzarme al máximo a fin de actuar como creo que deba hacerlo, como si ya hubiera visto la felicidad del cielo y los tormentos del infierno. (20)

Cada funeral que realizo es una experiencia aplacadora. Me siento ante el mensaje y me imagino que yo o mi esposa o mis hijos están en aquel ataúd. La muerte y la enfermedad poseen una admirable manera de disipar de mi vida la niebla de la trivialidad en la vida y reemplazarla con sabia seriedad y alegría en la esperanza del gozo de la resurrección.

Quinto. Considere que como predicador, por la enseñanza bíblica, usted será juzgado mas estrictamente. "Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación" (Santiago 3:1) El escritor de Hebreos dice a los pastores; "Porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta" (13:17) Y Pablo lo pone más tremendo en Hechos 20 cuando dice a las gentes que ha estado enseñando en Efeso, "Por tanto, yo os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos, porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios". Evidentemente no enseñar el consejo de Dios completamente y con fidelidad puede poner la sangre de nuestra gente en nuestras manos. Si consideramos tales

cosas como deberíamos, la seria responsabilidad y la alegría de su resultado exitoso, modelará todo lo que hacemos.

Sexto. Considere el ejemplo de Jesús. Él fue tan bondadoso, tierno y gentil como todo hombre justo pueda ser. No fue de mal humor. Dijeron que Juan el Bautista tenía un demonio, dijeron que Jesús era glotón y bebedor, amigo de colectores de impuestos y pecadores. Él no fue un aguafiestas psicopático, sino un hombre de dolor que conoció la angustia. Nunca predicó algún sermón descuidado y no hay registro de alguna palabra inútil. Nunca dijo una broma que sepamos y todo su humor fue como estuche para la espada de la palabra de verdad. Jesús es el gran ejemplo para los predicadores – las multitudes le oyeron gozosos, los niños se sentaron en su regazo, las mujeres le honraron. Sin embargo nadie como él en la Biblia, habló del infierno tan frecuentemente o en términos más horrendos.

Séptimo. Lucha con toda tu fuerza por conocer a Dios y a humillarte delante de su poderosa mano. (1Pedro 5:6) No te conformes con guiar a la gente entre las colinas de su gloria. Conviértete en un escalador de montaña en los acantilados de la majestad de Dios y permite que la verdad comience a sobrecogerte de tal modo que nunca te cansen las alturas de Dios. Cada vez que escales sobre un nuevo conocimiento, se presenta delante de ti desapareciendo en las nubes, un millar de kilómetros de belleza masiva en el carácter de Dios. Prepárate a escalar y apreciar el pensamiento que infinitas edades de descubrimiento en la infinita Esencia de Dios, no serán suficiente para debilitar tu alegría en la gloria de Dios u opacar la seriedad de su presencia.

Segunda Parte.

****

COMO HACER PARA QUE DIOS SEA SUPREMO EN LA PRÉDICA.

Guianza del Ministerio de Jonathan Edwards.

****

Cuando estuve en el Seminario, un sabio profesor me dijo que además de la Biblia, yo debería de escoger algún gran teólogo y dedicarme a lo largo de mi vida a comprender y dominar su pensamiento – pensar por lo menos un poco más profundo en la realidad en vez de tocar las cosas superficialmente. Que con el tiempo llegaría a "conversar" con este teólogo como si yo fuera un espía, y conocer por lo menos un sistema con el cual traer otras ideas hacia un diálogo fructífero. Fue un gran consejo.

El teólogo al cual me he dedicado es Jonathan Edwards. A él le debo más de lo que puedo explicar. Él ha alimentado mi alma con la belleza de Dios la santidad y el cielo, aun cuando todas las demás puertas me parecían cerradas, él ha renovado mi esperanza y mi visión por mi ministerio en épocas deprimentes. Ha abierto la ventana en el mundo del Espíritu una y otra vez, cuando todo lo que podía ver eran cortinas de secularismo. Me ha mostrado la posibilidad de juntar pensamientos rigurosos acerca de Dios con el cálido afecto de Dios. Él encierra la verdad que la teología existe para la doxología. Él podía pasar mañanas enteras clamando en oración mientras caminaba por los bosques de las afueras de Northampton. Tenía una pasión por la verdad así como por los pecadores perdidos. Todo eso floreció en el pastorado. Sobre todo Edwards tuvo pasión por Dios, razón por la que él resulta tan importante si nos hemos de centrar en la supremacía de Dios en la prédica.

Jonathan Edwards predicó como lo hizo, por la clase de hombre que era y por el Dios que pudo ver. Los siguientes capítulos van a tratar sobre la vida de Edwards, su teología y su prédica.

5

Manténgase Centrado en Dios.

La vida de Edwards.

Jonathan Edwards, nació en 1703 en Windsor Connecticut. Su padre fue un pastor de la localidad y enseñó Latín a su único hijo cuando apenas tenía seis años. A los doce años Jonathan fue enviado a Yale. Cinco años después se graduó con altos honores y dio la despedida colegial en Latín.

Estudió para el ministerio durante dos años en Yale para luego tomar un breve pastorado en una iglesia presbiteriana en Nueva York. A principios de 1773 Edwards enseñó en Yale durante tres años. Luego vino el llamado de la iglesia Congresional de Northampton, Massachusetts. El abuelo de Edwards, Solomon Stoddard había sido pastor allí durante medio siglo. Escogió a Edwards como su discípulo y sucesor. La sociedad comenzó en Febrero de 1772. Stodddard murió en 1729 y Edwards conservó el pastorado hasta 1750, en una relación de veintitrés años.

Tiempo atrás en 1723 Edwards se había enamorado de una chica de trece años llamada Sarah Pierrepont que demostró ser exactamente la clase de mujer que podía compartir su arrebato espiritual. En la portada de su gramática Griega escribió la única clase de canto de amor de que era capaz su corazón: “Dicen que hay una jovencita en (New Haven) que es el amor de aquel Gran Ser que hizo y rige el Universo... A veces ella va de lugar en lugar cantando dulcemente, y parece estar siempre llena de alegría y placer que nadie sabe para qué. Ella ama caminar por el campo y el bosque, y parece que siempre hay alguien invisible conversando con ella”. (1)

Cuatro años mas tarde, cinco meses después de la instalación en Northampton, se casaron. Tuvieron once hijos (ocho hembras y tres varones) quienes honraron a su padre y no trajeron reproche a la familia, a pesar de que tuvieron un padre que dedicó por lo menos trece horas diarias al estudio.

Para bien o para mal, Edwards no practicó un pastorado regular entre su gente (650 comulgantes en 1735). Acudió, cuando lo llamaron por enfermos. Frecuentemente predicaba en reuniones privadas de vecindarios particulares. Catequizaba a los niños. Y animaba a cualquiera bajo convicción espiritual para que viniera por consejo a su estudio. Se juzgaba a sí mismo como no dotado para conversar y que podía hacer mayor bien por las almas de los hombres, y promover más la causa de Cristo, predicando y escribiendo. (2) Al menos, durante los primeros años de su pastorado en Northampton Edwards predicó dos sermones a la semana, uno la mañana del Domingo y otro la noche de un día de semana. En esos días los sermones eran generalmente de una hora, pero podían durar mucho más.

Cuando aún estaba en la Universidad, Edwards había escrito setenta resoluciones. Y hemos visto algunas de ellas, incluso la que dice: *“Resuelvo.* Vivir con toda mi fuerza mientras viva.”(3) Para él, eso llegó a significar una apasionada devoción para el estudio de la divinidad. Mantuvo un régimen extremadamente riguroso de estudio. Dijo que pensaba que “Cristo mandó levantarnos

temprano cuando salió de la tumba muy temprano" (4) Por eso se levantaba entre cuatro y cinco de la mañana para entrar a su estudio. Siempre estudiaba pluma en mano, pensado cada inspiración, y registrándola en sus innumerables notas. Hasta en sus viajes prendía pedazos de papel en su saco para recordarse de la inspiración que había tenido en el camino.

Por la noche cuando la mayoría de los pastores están ya sea cansados en el sofá o en el comité de finanzas, Edwards regresaba a su estudio después de pasar una hora con sus hijos después de la cena. Hubo excepciones. El 22 de Enero de 1734, escribió en su diario: "Considero que es lo mejor cuando estoy en el medio de un buen estado de contemplación divina... que, ordinariamente, no seré interrumpido yendo a cenar, mas me privo de esta, antes que cortarla". (5)

Eso podrá sonar poco saludable, especialmente para una persona de seis pies con dos pulgadas de altura y no muy robusto. Pero Edwards tenía buen cuidado de su dieta y ejercicio. Todo estaba calculado para optimizar su eficiencia y poder en el estudio. Se abstuvo de cualquier cantidad y clase de alimento que le enfermara o le adormeciera. En el invierno hacía ejercicio cortando leña para el hogar y en el verano montaba a caballo o caminaba por el campo.

Referente a estas caminatas por el campo, cierta vez escribió: "A veces en días claros me encuentro particularmente dispuesto a considerar las glorias del mundo que aplicarme al estudio serio de la religión". (6) De modo que también tuvo sus luchas. Pero para Edwards no era una lucha entre la naturaleza y Dios, sino entre dos experiencias diferentes de Dios.

> "Cierta vez conforme me adentré en el bosque por mi salud en 1737, habiéndome bajado del caballo en un sitio solitario, como ha sido mi costumbre de caminar para contemplación divina y oración, tuve una visión, que para mí era extraordinaria, de la gloria del Hijo de Dios, como mediador entre Dios y el hombre y su maravillosa, plena, pura y dulce gracia, y amor y humildad, de gentil condescendencia... que continuó, tal como puedo juzgar, cerca de una hora; la cual me mantuvo la mayor parte del tiempo inundado de lágrimas y grandes sollozos". (7)

Tuvo un amor extraordinario por la gloria de Dios en la naturaleza. Los buenos efectos de este amor sobre su capacidad para deleitarse en la grandeza de Dios y sobre la imaginación de su prédica fueron tremendas.

Edwards cometió algunos desatinos pastorales que encendió la chispa que eventualmente resultó en su despido de su iglesia. Por ejemplo en 1744 implicó a una inocente joven pareja en un escándalo obsceno. Pero lo que terminó con el pastorado de Edwards fue su valiente repudio público de la vieja tradición en Nueva Inglaterra, que no se requería la profesión de fe, para participar en la Cena del Señor. Su abuelo había por largo tiempo defendido la práctica de admitir a la Cena del Señor, gentes que no profesaban la fe o dieran evidencias de haber sido espiritualmente regenerados. Stoddard vio la Cena como una ordenanza de conversión. Edwards llegó a rechazar esto por no ser bíblico y escribió un libro para defender su tesis. Pero el Viernes 22 de Junio de 1750, la decisión de despido fue leída y el 1 de Julio Edwards dio su sermón de despedida. Tenía cuarenta y seis años y había servido en la iglesia la mitad de su vida.

Durante todos esos años había sido como la chispa humana conectado al divino voltaje que produjo el Gran Despertar en Nueva Inglaterra. Hubo algunos períodos de reavivamiento especialmente en los años de 1734 a 1735 y de 1740 a 1742. Casi todos los trabajos de Edwards publicados durante sus días en Northampton fueron dedicados a interpretar, defender y promover lo que él creyó era la

sorprendente obra de Dios y no una mera histeria emocional. Ello nos debería de ayudar a recordar, que la prédica de Edwards generalmente tuvo una amplia audiencia, no limitada tan solo a su parroquia. Siempre tuvo en mente el reino de Cristo en la tierra y él sabía que su voz hacía eco mas allá de Northampton. Algunos de sus trabajos fueron publicados en Inglaterra antes de ser publicados en Boston.

Después de su despido de Northampton, él aceptó un llamado de Stockbridge al oeste de Massachusetts como pastor de la iglesia y misionero para los Indios, donde trabajó hasta 1758, cuando llegó a ser Presidente de Princeton.

Esos siete años en el lejano Stockbridge fueron inmensamente productivos para Edwards, y en 1757 se comenzaba a sentir como en casa. Así que el 19 de Octubre de 1757 después de ser llamado a ocupar la Presidencia de Princeton, Edwards escribió a los directores de Princeton para convencerles de que no estaba calificado para el cargo, diciendo: “Tengo una constitución, en varios aspectos, peculiarmente infelices, acompañado de flácidos sólidos, insípidos, pegajosos y escasos fluidos y una pobreza de espíritus, con ocasional debilidad infantil y una pobre manera de hablar, presencia y conducta con desagradable aburrimiento y rigidez, no muy grato en la conversación, en especial para la dirección de una Universidad”.

Además añadió: “Soy además deficiente en algunos temas de enseñanza, particularmente en álgebra, y las altas matemáticas y de los clásicos Griegos; mi conocimiento del Griego proviene principalmente del Nuevo Testamento”. Con razón es de admirar que haya preservado su conocimiento de Hebreo a lo largo de treinta años de trabajo pastoral porque dijo que no quería pasar su tiempo enseñando idiomas “a menos que la lengua Hebrea, que yo desearía mejorar dando enseñanza a otros”. Era típico de aquel hombre que a los cincuenta y cuatro años deseara mejorar su comprensión del lenguaje bíblico. Habló de los libros que planeaba escribir y entonces rogó porque le dejaran hacer lo que su corazón anhelaba hacer: “Mi corazón está tan inmerso en estos estudios que no encuentro en él el deseo de situarme en una incapacidad para continuarlos en lo que me resta de vida”.

De modo que cuando el Concejo de ministros que Edwards personalmente había llamado a Stockbridge, votó que era su deber aceptar la presidencia, Edwards lloró ante dicho Consejo, pero aceptó su recomendación. Casi de inmediato salió y arribó a Princeton en Enero de 1758. El 13 de Febrero fue vacunado contra la viruela con éxito aparente. Pero desarrolló una fiebre secundaria, y enormes llagas se formaron en su garganta que evitaron su medicación y murió el 22 de Marzo de 1758 a la edad de cincuenta y cuatro años.

Sus últimas palabras a sus apesadumbrados amigos dolientes al borde de la cama fueron: “Confíen en Dios, y no teman”. Su gran confianza en la soberana bondad de Dios, tal vez encontró su más elocuente expresión en la fortaleza de su esposa. Ella recibió la noticia de la muerte de su esposo por carta de su médico. La primera reacción registrada se encuentra en una carta que escribió a su hermana Ester el 3 de Abril, dos semanas después de la muerte de Edwards:

> Mi muy amada pequeña:
> ¿Qué puedo decir? Un Dios santo y bueno nos ha cubierto con una nube oscura. Oh, ¡Si pudiéramos besar la vara y taparnos con nuestras manos la boca! El Señor lo ha hecho. Él me ha hecho adorar sus bondades, al tenerle por tanto tiempo. Pero mi Dios vive, y él tiene mi corazón. ¡Oh! ¡Qué gran legado ha dejado mi esposo y vuestro padre! Todos pertenecemos a Dios; y en él estoy y amo estar.

Tu siempre afectuosa madre. Sarah Edwards.

6

Sometido a Dulce Soberanía.

La teología de Edwards.

Lo que Jonathan Edwards predicó y como lo predicó fueron extensiones de su visión de Dios. De manera que antes de discutir sus prédicas necesitamos ver una fracción de esa visión. En 1735 Edwards predicó un sermón sobre el texto de "Estad tranquilo y sabed que yo soy vuestro Señor" (Salmo 46:10) De ese texto desarrolló la siguiente doctrina, "Dios no requiere que nos sometamos contrariando la razón, mas bien que nos sometamos como viendo la razón y el fundamento de la sumisión". De donde la simple consideración que *Dios es Dios* muy bien puede ser suficiente para callar toda objeción y oposición contra las soberanas dispensaciones divinas".

(1) Cuando Jonathan Edwards se serenaba y contemplaba la gran verdad que *Dios es Dios,* él vio un Majestuoso Ser cuya clara existencia implica infinito poder, infinito conocimiento e infinita santidad. Luego argumentó:

> Es realmente evidente por la obra de Dios que su comprensión y poder son infinitos... De modo que siendo de infinita comprensión y poder, tiene que ser perfectamente santo, debido a que la falta de santidad siempre demuestra algún defecto y ceguera. Donde no hay oscuridad o engaño, no puede haber falta de santidad... Dios, siendo infinito en poder y conocimiento debe de ser autosuficiente y todo suficiente, de ahí que es imposible que pueda caer bajo alguna tentación de hacer algo equivocado, porque no tiene motivo alguno para hacerlo... Por tanto Dios es esencialmente santo y nada resulta ser más imposible, que ese Dios se equivoque. (2)

Para Edwards el infinito poder, o absoluta soberanía de Dios era el fundamento de la total suficiencia de Dios. Y esta toda suficiencia es el fundamento de su perfecta santidad y Edwards lo dijo en el *Tratado Concerniente a las Afecciones Religiosas,* que la santidad de Dios incluye toda su excelencia moral. De ahí que la soberanía de Dios para Edwards era tremendamente crucial para cualquier otra cosa que creyera acerca de Dios.

Cuando tenía veintiséis o veintisiete años, recordaba que nueve años antes se prendó de la doctrina de la soberanía de Dios y escribió: "Ha habido un tremendo cambio en mi mente referente a la doctrina de la soberanía de Dios desde aquel día hasta hoy... En la absoluta soberanía de Dios... mi mente parece tener la certeza, tanto como cualquier cosa que mis ojos pueden ver... La doctrina a menudo se me presenta sumamente agradable, brillante y dulce. Soberanía absoluta es la que amo atribuir a Dios... La soberanía de Dios siempre me ha parecido (una) gran parte de su gloria. A menudo me ha deleitado aproximarme a Dios y adorarle como a un soberano Dios" (4)

Conforme Edwards contemplaba a Dios y permanecía extasiado por su inmensa soberanía, no veía esta realidad aisladamente. Era parte de la gloria de Dios. Era dulce para Edwards porque era una grande y vital parte de una Persona infinitamente gloriosa a quien amaba con tremenda pasión.

Dos inferencias siguen de esta visión de Dios. La primera es que la meta de todo lo que Dios hace es para sostener y desplegar su gloria. Todas las acciones de Dios fluyen de la abundancia no de la escasez. La mayoría de las acciones humanas son motivadas por la necesidad de llenar un déficit o para suplir alguna falta en nosotros mismos. Dios nunca toma medidas para suplir sus insuficiencias. Lo que ejecuta no es para remediar. Como soberano absoluto y como fuente todo suficiente, todas sus acciones son la sobre abundancia de su plenitud. Nunca actúa para añadir a su gloria, sino solo para mantenerla y desplegarla. (Esto está desarrollado magistralmente en "*Disertaciones Concernientes al Fin para el Cual Dios Creó el Mundo".* (5)

La otra inferencia de su visión de Dios es que el deber del hombre es deleitarse en la gloria de Dios. Puntualizo la palabra *deleite* intencionalmente, porque mucha gente de los días de Edwards y hoy, dicen que el principal propósito del hombre es el de glorificar a Dios y gozarle para siempre. Pero comúnmente consideran el deleitarse en el Señor opcional y no entienden con Edwards que la verdadera finalidad del hombre es glorificar a Dios deleitándose en él por siempre.

Deleite es lo que Edwards llama una "afección" (que podríamos llamar emoción) Él escribió *Un Tratado referente a las Afecciones Religiosas* para señalar un punto importante: La Verdadera religión, en su mayoría, consiste en sentimientos santos. Definió afecciones como "el ejercicio vigoroso y sensible de la inclinación y la voluntad del alma" (6) – cosas como el odio, los deseos, la alegría, el deleite, la pena, la esperanza, el temor, la gratitud, la compasión y el celo.

Cuando hablamos de deleitarnos en Dios como nuestro deber, debemos de darnos cuenta que no es una cosa sencilla. Una vigorosa inclinación en el corazón humano siempre deberá incluir otros. Deleitarse en la gloria de Dios, incluye por ejemplo, *odiar* el pecado, *temor* de no agradar a Dios, *esperanza* en las promesas de Dios, *contentamiento* en la compañía de Dios, *deseo* de una revelación final del Hijo de Dios, *alegrarse* en la redención que obtuvo, *pena* y abatimiento por las faltas de amor, *gratitud* por los inmerecidos beneficios, *celo* por los propósito de Dios y *hambre* por la rectitud. Nuestro deber hacia Dios es que todas nuestras afecciones respondan adecuadamente a su realidad y así reflejar su gloria.

Edwards estaba totalmente convencido que no hay religión verdadera sin afecciones santas. "Quien no tiene afección religiosa se encuentra en un estado de muerte espiritual y se encuentra totalmente destituido de la poderosa influencia resucitadora del Espíritu de Dios". (7)

Pero no solamente esto, no hay verdadera religión (o verdadera santidad) donde no hay *perseverancia* en sentimientos santos. Perseverancia es la marca del elegido y necesaria para la salvación final. "Aquellos que no viven vidas santas descubren por sí mismos que no son elegidos; los que viven vidas santas han descubierto por sí, que son elegidos". (8)

Edwards creyó en la justificación por la fe y pensó mucho acerca de como se relaciona con la perseverancia. Pero la gran incógnita entonces como hoy era: ¿Qué es la fe? Edwards dijo dos cosas cruciales. Primero la fe salvadora incluye "creer la verdad y una disposición anuente del corazón" (9) Puesto que la fe es una disposición anuente del corazón, no es algo diferente de las afecciones. La fe es abrazar enteramente la revelación de Jesucristo como nuestro salvador. Este abrazo es un abrazo de amor: "la fe surge... del principio de amor divino" (Cf. 1 Cor.13:7; Juan3:19;5:24) El amor a Dios es la cosa principal en la fe que salva. En otras palabras, "la fe surge

de un sabor y gusto espiritual de aquello que es excelente y divino".(10) Por tanto deleitarse en Dios es la raíz de la fe y la fe es una expresión esencial de nuestro deleite en Dios.
Contrario a muchas enseñanzas contemporáneas, la fe salvadora de ninguna manera es una mera decisión de la voluntad separada de las afecciones.

Segundo, la fe salvadora es fe perseverante. "Pues Dios respeta la perseverancia como estando presente en el primer acto (de la fe salvadora) Y se le ve como si fuera propiedad de aquella fe por la cual el pecador es justificado. (11) En otras palabras el primer acto de la fe salvadora es como una nuez que tiene dentro de sí un roble, de toda la subsecuente perseverancia que la Biblia dice que es necesaria para la salvación final. Por fe somos justificados de una vez por todas, al momento de nuestra conversión, pero debemos (y ciertamente perseveraremos en la santa afección que nos es dada en forma de simiente en nuestra conversión.

Edwards dice además que "hay igual necesidad de personas ejercitando cuidado y diligencia para perseverar en orden para su salvación, como las hay para su atención y cuidado para arrepentirse y ser convertido. (12) Esto tuvo tremendas implicaciones por la forma como Edwards predicó. Él vio la prédica como una gracia para asistir a los santos a perseverar, y la perseverancia como un medio para la salvación final. Por tanto cada sermón es un "sermón de salvación" – no precisamente porque su objetivo era convertir pecadores, sino también para perseverar en las afecciones santas de los santos y para ayudarles a confirmar su llamado y elección, y ser salvos.

En resumen, entonces, cuando Jonathan Edwards callaba y sabía que Dios es Dios, la visión frente a sus ojos fue de un Dios absolutamente soberano autosuficiente y todo suficiente, infinito en santidad, y por tanto perfectamente glorioso. Los actos de Dios nunca son motivados para llenar sus deficiencias (dado que no las tiene), pero está siempre motivado a desplegar su suficiencia (que es infinita) Hace lo que hace por motivo de su gloria. Nuestro deber y privilegio, por tanto, es apegarnos a esa meta y reflejar el valor de la gloria de Dios deleitándonos en ella. Nuestro llamado y nuestro gozo es rendirnos ante la gloriosa gracia de Dios, confiando en él de todo corazón, conforme vivamos.

7

Haced Supremo a Dios.

La Prédica de Edwards.

¿Qué clase de prédica resulta de la visión de Dios de Edwards? ¿Que clase de prédica usó Dios para encender el Gran Avivamiento en Nueva Inglaterra durante el ministerio de Edwards en Northampton? Avivamiento espiritual es la soberana obra de Dios de estar seguros. Mas él usa medios, especialmente la prédica. "Él de su voluntad nos hizo *nacer por la palabra de verdad"* (Santiago 1:18) "Agradó a Dios *salvar a los creyentes por la locura de la predicación".* (1 Cor. 1:21)

La esencia de la prédica de Edwards puede ser hallada en diez características, que son tan valiosas para nuestros días, que las presentaremos como retos relevantes, y no solamente como cosas acerca de Edwards. Estas características se pueden sacar de la manera como predicaba y de sus comentarios ocasionales sobre la prédica.

Provocando los sentimientos santos .

Una buena prédica está destinada a provocar "sentimientos santos" – aquellas emociones tales como: odio por el pecado, deleite en Dios, esperanza en sus promesas, gratitud por su misericordia, deseo de santidad y dulce compasión. La razón es que la falta de sentimientos santos en los Cristianos es odiosa. "Las cosas del espíritu son tan grandes en el ejercicio de nuestros corazones que no hay sustituto en su naturaleza e importancia a menos que sean vivas y poderosas. En nada hay tanto vigor en el accionar de nuestras inclinaciones como en la religión y nada es tan odioso como la tibieza" (1) En otra parte Edwards recalcó, "Si la verdadera religión depende de las *afecciones*, podemos inferir que *tal manera de predicar la palabra...* como que tiene una profunda tendencia de afectar los corazones de quienes la oyen... es algo que debemos desear" (2)

Por supuesto los dignos clérigos de Boston vieron un gran peligro al enfocar las emociones en esa forma. Charles Chauncy por ejemplo, sostuvo que era "un hecho indiscutible que las Pasiones, generalmente en estos tiempos, se las ha usado como si la Cosa más importante en Religión fuera hacer disturbios. La respuesta de Edwards fue astuta y balanceada:

> No pienso que los ministros deban ser culpados por estimular demasiado los afectos de sus escuchas, si aquello con lo que son afectados es digno de afección, y que sus afecciones no sean estimuladas más allá de la medida de su importancia... Yo debería de pensar en la línea de mi deber, estimular las afecciones de mis oyentes tanto como me sea posible hacerlo, siempre que sean afectados con solamente la verdad y con afectos que no sean desagradables a la naturaleza de aquello que les afecta. Sé que ha sido la costumbre despreciar una muy sincera y patética manera de predicar, y ellos y solo ellos, han sido evaluados como predicadores que han mostrado mayor grado de conocimiento y fortaleza de razón y corrección de método y lenguaje, mas yo humildemente considero que ha sido por deseo de entendimiento o debido a considerar la naturaleza humana que tales prédicas han sido pensadas a fin de tener la enorme tendencia de responder a las finalidades de la prédica. La experiencia de épocas presentes y pasadas lo confirman abundantemente. (4)

Probablemente hoy en día alguien preguntaría a Edwards por qué no hizo de las obras del amor y la justicia su meta en vez de los afectos del corazón. La respuesta es que él hace del comportamiento su meta, es decir busca la transformación de la fuente de comportamiento – las afecciones. Él escogió esta estrategia por dos razones. Uno, es que un buen árbol no puede dar malos frutos. La parte mas larga de *Un tratado sobre Afecciones Religiosas* está dedicada a probar esta tesis: "Afecciones santas y de gracia son frutos que son utilizados en la práctica Cristiana" (5)

Edwards se centró en las afecciones porque ellas son las fuentes de todas las acciones piadosas. Haz el buen árbol y la fruta será buena.

La otra razón porque Edwards buscó sacudir el tema de las sentimientos santos es porque “ningún fruto externo es bueno, a menos que proceda de tales prácticas”.

(6) Actos externos de benevolencia y piedad que no surjan de las afecciones dadas por Dios al nuevo corazón, deleitándose dependiendo de Dios y buscando su gloria, son meros legalismos y no tienen valor para honrar a Dios. Si usted da su cuerpo para ser quemado y no tienes amor, de nada sirve. (1 Cor.13:3)

Por tanto, la buena prédica busca sacudir las sentimientos santos en quienes oyen. Van dirigidas al corazón.

Iluminando la Mente

Edwards dijo: “Nuestra gente no necesita tener sus cabezas repletas de conocimiento, sino tener sus corazones tocados y que se encuentren en la más grande necesidad de esa clase de prédica, que tiene la mayor tendencia de hacer esto.” Pero hay una gran diferencia entre la forma como Edwards movía los corazones de su gente y la manera como los predicadores de hoy, orientados psicológicamente, tratan de mover los corazones de sus escuchas.

En 1744, en un sermón de ordenación Edwards predicó sobre el texto de Juan el Bautista, “Él era antorcha que ardía” (Juan 5:35) Su punto principal era que el predicador debe de arder y alumbrar. En el corazón deberá haber calor y en la mente luz – y no mas calor que el justificado por la luz.

> Si un ministro tiene luz sin calor, y entretiene a su auditorio con discursos aprendidos, sin un sabor del poder de la santidad, o alguna apariencia de espíritu fervoroso y celo por Dios y las almas buenas, él podrá agradar los oídos ávidos, y llenar las mentes de su gente con nociones vacías, pero seguramente no llegará hasta sus corazones o salvará sus almas. Y si por otro lado, es movido por un fiero y excesivo celo y calor vehemente, sin luz, seguramente encenderá igualmente la llama profana de la gente y encenderá sus pasiones corruptas y afectos, mas nunca los hará el mejor ni los conducirá un paso hacia el cielo, sino en sentido contrario. (8)

Calor y luz, ardiente y luminoso; son cruciales para llevar luz a la mente porque las afecciones que no surgen de una comprensión mental de la verdad no son afecciones santas. Por ejemplo dice: “Aquella fe que carece de luz espiritual no es la fe de los hijos de la luz y del día, pero presumiblemente de los hijos de la oscuridad. Por tanto presionarlos y urgirles a creer sin una luz espiritual o visión tiende a ayudar grandemente al engaño del príncipe de la oscuridad.” (9)

Habla aun más fuerte cuando dice: “Suponiendo que las afecciones espirituales de las personas surjan en verdad de una fuerte persuasión de la verdad de la religión Cristiana, sus afectos no son los mejores a menos que sea una persuasión o convicción *razonable.”* Por convicción razonable quiero decir una convicción fundamentada en *una evidencia real,* o sobre aquello que es una buena razón o convicción bien fundamentada.” (10) Por tanto el buen predicador hará que su meta sea dar a sus escuchas “buena razón” y “buen fundamento” para las afecciones que está tratando de estimular. Edwards nunca podrá ser considerado como un ejemplo de alguien que manipulaba las emociones. Él trató a sus escuchas como criaturas con razón y trató de mover sus corazones, dándoles a sus mentes solamente la luz de la verdad. Consecuentemente, él enseñó que “es de mucho provecho para los ministros en sus prédicas, esforzarse en

explicar clara y llanamente las doctrinas de la religión y desenredar las dificultades que les caracterizan, confirmándolas con la fuerza de la razón y con argumentos, así como observar algún método fácil y claro con orden en los discursos, para ayudar al entendimiento y la memoria." (11) La razón para esto es que la buena prédica busca iluminar la mente de los oyentes con verdades divinas. Fue una maravillosa combinación que Dios usó para despertar a Nueva Inglaterra hace 250 años; calor y luz; ardiente y brillante; mente y corazón; doctrinas profundas y profundo deleite. ¿No podrá Dios usar hoy estos mismos métodos conforme buscamos iluminar la mente e hinchar el corazón?

Saturar con Escritura.

Yo afirmo que la buena prédica "está saturada de Escritura", y no "basada en Escritura", debido a que la Escritura es algo más que la base para una buena prédica. La prédica que proclama la supremacía de Dios no comienza con la Escritura como base para luego vagar en otras cosas, transpira Escritura.

Mi constante consejo a predicadores principiantes es: "¡Citen el texto! ¡Citen el texto! Repitan las palabras textuales del texto una y otra vez. Muestren a las gentes de donde provienen sus ideas." Muchas personas no siguen fácilmente la relación que el predicador ve entre sus palabras y el texto. Las citas textuales de la Escritura, necesitan ser mostradas una y otra vez. Edwards usó mucha energía escribiendo muchos pasajes en sus sermones manuscritos, para apoyar lo que estaba diciendo. Citaba versículo tras versículo que arrojaran luz sobre su tema. Edwards pensaba de esos versículos claves como "rayos de luz del Sol de Justicia, que son la luz con la que los ministros deben de ser iluminados y la luz que ellos deben de llevar adelante a sus oyentes, y son el fuego para sus corazones y de sus oyentes, que deben de ser encendidos." (12)

Revisando su temprana experiencia pastoral, recordaba sobre toda otra experiencia, su deleite en el estudio de la Escritura. "Muy a menudo al leerlas, cada palabra parecía tocar mi corazón. Sentía una armonía entre algo dentro de mi corazón con aquellas palabras dulces y maravillosas. Me parecía ver tanta luz proveniente de cada frase, transmitiendo alimento tan refrescante, que frecuentemente centrado en una sola frase no podía continuar leyendo al ver las maravillas contenidas en la misma. Cada frase parecía estar llena de maravillas." (13)

Uno no deja de maravillarse ante el extenso conocimiento de la Biblia de Edwards, especialmente por ser también conocedor de las mejores enseñanzas teológicas, morales y filosóficas de su tiempo. Como estudiante hizo esta resolución: *"Resuelvo* estudiar las Escrituras tan firme, constante y frecuentemente, hasta que pueda encontrar y percibir plenamente que estoy creciendo en el conocimiento de las mismas." "Firme, Constante y Frecuente", he ahí la fuente de la riqueza escritural en los sermones de Edwards.

Su práctica de estudio consistía en tomar cientos de notas y seguir cualquier hilo de inspiración tan lejos como fuera posible. "Mi método de estudio desde que me inicié en el trabajo del ministerio, ha consistido mayormente en escribir; aplicándome de esta manera a mejorar cada insinuación importante, tratando de lograr lo máximo cuando algo en la lectura, meditación o conversación sugerida a mi mente, promete ser luz en cualquier asunto de peso, mermando así lo que parecían ser para mi propio beneficio, mis mejores pensamientos sobre innumerables temas." (15) Su pluma fue su ojo exegético. Como Juan Calvino (quien dijo esto en la introducción de *Principios de la Religión Cristiana*), Aprendió conforme escribía y escribió conforme aprendía. En lo que vio por este método, hace que nuestras meditaciones apresuradas de la Escritura se vean muy superficiales.

Leer a Edwards es leer la Biblia a través de los ojos de alguien que la entiende profundamente y la siente con todo su corazón. Sus prédicas estaban saturadas de Escritura. Las nuestra también lo deberían de estar. Sigamos el consejo de Edwards "estar bien preparado en divinidad y bien familiarizado con la Palabra escrita de Dios y poderoso en la Escritura."(16)

Empleo de Analogías e Imágenes

La experiencia y la Escritura nos enseñan que los corazones son mas poderosamente tocados, no cuando la mente está entretenida con ideas abstractas sino cuando está llena de imágenes vívidas de una gran realidad. Edwards, con toda seguridad debió ser un metafísico y filósofo de gran calibre. Él creía en la importancia de la teoría, pero también sabía que las abstracciones encendían algunos afectos, y nuevas afecciones eran la meta de la prédica. Así que Edwards se esforzó en hacer que la gloria de los cielos lucieran de irresistible belleza y que los tormentos del infierno lucieran intolerantemente horribles. Las verdades teológicas tomaron vida en eventos y experiencias.

Sereno Dwight dice que "aquellos que se interesen por los escritos de Edwards, no necesitan ser informados de que sus obras, aun las más metafísicas, son ricas en ilustraciones o que sus sermones abundan con imágenes de toda clase, adaptadas para hacer una impresión poderosa y duradera."(17)

En su más famoso sermón "Pecadores en las manos de un Dios Airado", Edwards se refiere a la frase de "el lagar del furor y de la ira del Dios Todopoderoso (Apoc.19:15) Y dice: "Las palabras son excesivamente terribles. Si solamente hubiera dicho, "la ira de Dios" las palabras implicarían aquello que es infinitamente espantoso, mas habla del furor y la ira de Dios. ¡La furia de Dios! ¡El furor de Jehová! ¡Oh, Cuan espantoso ha de ser esto! ¿Quién podrá decir o concebir lo que tales expresiones implican? (18)

He allí el reto de Edwards para todo predicador de la Palabra de Dios. ¿Quién podrá hallar imágenes y analogías que se aproximen a crear el profundo sentimiento que deberíamos de tener cuando consideramos realidades como el cielo y el infierno? No nos atrevemos a criticar las imágenes del infierno de Edwards a menos que estemos preparados para criticar la Biblia. En su propia perspectiva y la nuestra (y creo que tenía razón) estaba intentando hallar el leguaje que se pudiera aproximar a tan espantosa realidad contenida en frases bíblicas como "el lagar del furor y de la ira del Dios Todopoderoso.

Actualmente hacemos todo lo opuesto, hacemos rodeos acerca del infierno y creamos imágenes tan lejanas de las frases bíblicas como nos sea posible. En parte, por nuestros esfuerzos porque el cielo luzca atractivo y que la gracia sea maravillosa, estos a menudo aparentan lucir extremadamente lastimeros. Haríamos bien en dedicarnos como Edwards a buscar imágenes y analogías que produzcan en nuestra gente impresiones comparables a la realidad.

Pero no fueron solamente el cielo y el infierno que lanzaron a Edwards a descubrir analogías e imágenes. Él usó la analogía de un cirujano y su bisturí para explicar algunos tipos de prédica. Usó la similitud de un embrión humano con el de otro animal para demostrar que en la conversión, una nueva vida con todas sus nuevas afecciones puede estar allí, pero aún no mostrarse como plenamente distinto del no regenerado. Presentó el corazón puro con restos de impurezas como una vasija de licor fermentando tratando de limpiarse de todo sedimento. Y vio la santidad en el alma como un jardín de Dios con toda clase de atractivas flores. Sus sermones abundaron de imágenes y analogías para iluminar el entendimiento y dar calor a las afecciones.

Use Amenazas y Advertencias.

Edwards conoció su infierno, mas conoció su cielo mucho mejor. Puedo recordar vívidamente las noches de invierno mientras me graduaba en la Universidad cuando mi esposa Noel y yo nos sentábamos en nuestro sofá en Munich, Alemania, leyendo juntos el sermón de Edwards, "El cielo es Un Mundo de Amor." ¡Que visión tan magnífica! Seguramente si la congregación nos viera a los pastores pintando tales imágenes de gloria y a continuación pintar a Dios de la forma como Edwards lo hizo, habría un avivamiento en las iglesias.

Pero aquellos quienes tienen los corazones más grandes para el cielo, temblarían profundamente ante los horrores del infierno. Edwards estaba completamente convencido que el infierno es real. "Esta doctrina es en verdad fea y horrible, sin embargo "es de Dios" (19) Por tanto estimaba las amenazas de Jesús, como estridentes tonos de amor: "Cualquiera que diga fatuo a su hermano, quedará expuesto al infierno de fuego." (Mat.5:22) "Es mejor que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno" (Mat. 5:30) "Teme mas bien a aquel que puede destruir el cuerpo y el alma en el infierno"(Mat. 10:28) Edwards no podía mantenerse callado en lo que Jesús fue tan claro. En infierno espera a toda persona inconversa. El amor debe prevenirles con las amenazas del Señor.

El uso de las amenazas y advertencias en la prédica para los santos, hoy día es raro, al menos por dos razones: Produce culpa y temor, considerados improductivos y en apariencia teológicamente inapropiado, porque los santos están seguros y no necesitan ser advertidos o amenazados. Edwards rechaza ambas razones. Cuando el temor y la culpa corresponden al verdadero estado de las cosas es razonable y benevolente agitarlas. Y los santos solamente estarán seguros, cuando estén deseosos de atender las advertencias bíblicas y perseverar hacia la santidad. "Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga" (1 Cor. 10:12)

Edwards opinaba que Dios ha dispuesto las cosas para la iglesia de tal manera que "cuando su amor decae... el temor surja. Ellos necesitan el temor para frenarles del pecado (y) para animarles a cuidarse, por el bien de sus almas. Mas Dios ha ordenado que cuando surja el amor... entonces el temor deberá desaparecer y ser echado fuera. (20)

Así que, por un lado Edwards dice, "La ira de Dios y el castigo futuro están destinados para toda clase de hombres como motivación para... la obediencia no solamente del malo sino también del bueno" (21) Por otro lado dice, el amor santo y la esperanza son más efectivos para ablandar el corazón y para llenarle de temor al pecado que el horrible temor del infierno. (22) La prédica acerca del infierno no es un fin en sí. Usted no puede asustar a nadie para que entre al cielo. El cielo es para personas que aman la pureza, no para personas simplemente renuentes al dolor. Sin embargo Edwards dijo "Algunos hablan como si fuera una cosa irrazonable pensar en asustar a las personas para que entren al cielo; pero creo que si es algo irrazonable, asustar a las personas para no ir al infierno – como es algo razonable asustar a una persona para que salga de una casa en fuego." (23)

Por consiguiente, la buena prédica presentará los mensajes bíblicos de advertencia a las congregaciones de los santos como lo hizo Pablo cuando dijo a los Gálatas, "Que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios" (Gal. 5:21) , o cuando dijo: "No te ensoberbezcas sino teme" (Rom.11:20) Pedro añadió: "Si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducios en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación" (1 Pedro 1:17) Tales advertencias son los tonos lúgubres que ayudan a una buena prédica a desplegar con profusos colores, las magnífica promesas e imágenes del cielo como lo hizo Pablo, cuando dijo a los Efesios que en los tiempos venideros Dios "va a mostrar las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús" (Efe. 2:7)

Ruegue por una Respuesta.

¿Puede un Calvinista como Edwards realmente pedir a la gente huir del infierno y anhelar el cielo? ¿Acaso la total depravación, incondicional elección e irresistible gracia, no hacen tal ruego inconsistente?

Edwards aprendió su Calvinismo de la Biblia, y por tanto quedó libre de los muchos errores en los que incurrieron otros predicadores de su día. Él no infirió que el libre albedrío o la irresistible gracia o la regeneración sobrenatural o la incapacidad de la naturaleza del ser humano lleve a la conclusión de que el uso de las rogativas era inapropiado. Él dice: Pecadores... deberán ser sinceramente invitados a venir para aceptar a un Salvador, y rendirle sus corazones, para ganarles con toda la gama de argumentos animosos... que el Evangelio proporciona." (24)

Recuerdo haber oído a un predicador de la Reforma tradicional predicar sobre 1 Cor. 16, que termina con la terrible amenaza de: "El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema." (verso 22) Se refería a algo que sucede, sin anhelo o ruego de que la gente ame a Cristo para escapar de la terrible maldición. Hay una tradición entre los hiper-Calvinistas que dice que el propósito de Dios al salvar a los elegidos, les garantiza a los predicadores, invitar a Cristo solamente a aquellos que dan evidencia que ya han sido tocados y tomados por el Espíritu. Esto crea un tipo de prédica que informa, pero no llama al arrepentimiento a los pecadores. Edwards como Spurgeon que le siguió, sabían que esto no era auténtico Calvinismo, era contrario a las Escrituras e indigno de la tradición Reformista.

De hecho Edwards escribió "*La Libertad de la Voluntad"* para demostrar que "El Gobierno moral de Dios sobre la humanidad, tratándoles como agentes morales, haciéndoles objeto de sus mandamientos, consejos, llamados, advertencias, debates, promesas, amenazas, recompensas y castigos, no es inconsistente con un determinante disponer de todos los eventos, de cualquier clase, por todo el universo." (25) En otras palabras, rogando con nuestros oyentes para obtener una respuesta a nuestra prédica no es contrario con la elevada doctrina de la soberanía de Dios.

Cuando predicamos, para estar seguros, es *Dios* quien afecta los resultados que anhelamos. Pero él no aparta los sinceros ruegos para que nuestra gente responda. Porque como Edwards explicaba:

> No somos meramente pasivos, como tampoco Dios hace una parte y nosotros hacemos el resto. Mas Dios lo hace todo, y nosotros lo hacemos todo. Dios produce todo y nosotros todos actuamos. Porque eso es lo que él produce, a saber, son nuestros propios actos. Dios es el único autor verdadero y fuente, mientras nosotros somos los verdaderos actores. Somos en varios aspectos totalmente pasivos y totalmente activos.
> En las Escrituras las mismas cosas están representadas como de Dios y de nosotros. Se dice que Dios convierte (2 Tim. 2:25) y que los hombres se convierten y cambian (Hechos 2:38) Dios hace un corazón nuevo (Eze. 36:26) y nosotros somos mandados a hacernos un corazón nuevo (Eze.18:31) Dios circuncida el corazón (Deut. 30:6) y nosotros somos ordenados a circuncidar nuestros propios corazones (Deut. 10:16) Estas cosa son conforme al texto de "Porque Dios es el que en vosotros produce el querer y el hacer," (Fil. 2:13) (26)

Por esto Edwards rogó a su gente, responder a la Palabra de Dios y ser salvas. "Ahora bien si ustedes tienen alguna clase de prudencia para su propia salvación, y no piensan ir al infierno, ¡mejoren esta era! ¡Ahora es el tiempo aceptable! ¡Hoy es el día de su salvación!... ¡No endurezcan sus corazones en una fecha como esta!" (27) Casi todo sermón tiene una larga porción llamada "Aplicación" en la que Edwards profundiza en las aplicaciones de su doctrina y urge por una respuesta. Él no acostumbró lo que hoy es conocido como un "llamado al altar", pero ciertamente llamó y reconvino y suplicó para que su gente respondiera a Dios.

Así parece que Dios se ha agradado y ha dado poder despertador a la prédica que no se retrae de las amorosas amenazas del Señor y que prodiga a los santos con incomparables promesas de gracia, y que ruega apasionada y amablemente, que nadie oiga en vano la Palabra de Dios. Es trágico oír a pastores postular los hechos y sentarse. La buena prédica ruega con las gentes para que ellas respondan a la Palabra de Dios.

Probad las Obras del Corazón.

La prédica poderosa es como la cirugía. Bajo la unción del Espíritu Santo, localiza, penetra y remueve la infección del pecado. Sereno Dwight uno de los primeros biógrafos de Edwards dijo de él: "Su conocimiento del corazón humano y su accionar, escasamente ha sido igualado por predicadores faltos de inspiración." (28) Mi propia experiencia como paciente en la mesa de operación de Edwards, confirma este juicio.

Edwards no logró tan profundo conocimiento del alma humana por rozarse con los parroquianos de Northampton. Dwight dijo que fuera de Edwards, nunca conoció a otra persona que se retirara tan constantemente del mundo para entregarse a la lectura y la contemplación. Posiblemente comenzó con la típica inclinación hacia la introspección Puritana. El 30 de Julio de 1723 a la edad de diecinueve años Edwards escribió en su diario: "He decidido esforzarme por disciplinarme en mis deberes, buscando y recordando todas las verdaderas razones por qué no los cumplo y cuidadosamente investigo todos los sutiles subterfugios de mis pensamientos" (29) Una semana mas tarde escribió: "Muy convencido de los extraordinarios engaños de corazón y el exceso... de apetito, ciega la mente y la trae a completa sujeción" (30) Así que Dwight está en lo cierto cuando afirma que mucha de la inspiración de Edwards sobre el corazón humano provino de "su íntimo conocimiento de su propio corazón" (31)

Otra cosa que dio a Edwards tan profunda visión interna de las obras del corazón, fue la necesidad de separar el trigo y la paja en intensas experiencias religiosas de su gente durante el Gran Despertar. El *Tratado Referente a los Afecto Religiosos,* que originalmente había sido predicado como sermones en 1742 y 1743 es una devastadora exposición de su decepción personal en religión. Prueba sin la menor piedad la raíz de nuestra depravación. Este tipo de examen sustancioso y meticuloso de las experiencias religiosas de su gente le permitió a Edwards tener un maravilloso conocimiento de la interioridad de sus corazones.

Una tercera causa para el conocimiento de Edwards del corazón humano, fue su extraordinaria inspiración sobre el testimonio de Dios sobre él mismo en la Escritura. Por ejemplo, él advierte en Gal. 4:15 que las experiencias religiosas de los Gálatas, habían sido tan intensas que se habrían sacado los ojos por él. Mas luego Edwards advierte en verso 11 del mismo capítulo, que Pablo dice que pudo haber "trabajado en vano para vosotros". De esto, Edwards infiere en forma sagaz que la altura o intensidad de los afectos religiosos (disposición de sacarse los ojos) no es una señal segura de ser genuina (puesto que su trabajo podría ser en vano) Años y años de esta clase de estudios le hacen un cirujano de las profundidades del corazón. Produce una prédica que descubre las cosas secretas del corazón. Y más de una vez ha llevado a un gran despertar en la iglesia.

Edwards dijo que cada ministro de la Palabra "deberá estar familiarizado con la religión experimental y no ignorar la obra interior del Espíritu de Dios ni las tretas de Satanás." (33) Cuanta vez leo los

sermones de Edwards, tengo la profunda experiencia de sentirme desnudo. Los secretos de mi corazón son removidos. Las engañosas obras de mi corazón son expuestas. La potencial belleza de nuevos afectos parecen atractivos. Siento como que están echando raíz conforme leo.

Edwards de nuevo compara al predicador con un cirujano: “Culpar a un ministro por declarar la verdad a aquellos que están despertando, sin ministrarles de inmediato consuelo, es como culpar a un cirujano cuando ha comenzado en su tarea, por la que ha tenido que someter a su paciente a un gran dolor... porque no detiene su mano, sino que continúa hasta que llega el objetivo de la herida. Un médico tan compasivo, que tan pronto como su paciente comienza a incomodarse, retira su mano... será como alguien que curaría ligeramente la herida diciendo “Paz, Paz, cuando no hay paz” (34) Esta analogía del cirujano y el bisturí es en verdad adecuada para nuestra propia prédica. No queremos descansar desnudos en la mesa y no queremos ser heridos, pero ah, ¡qué gozo cuando el cáncer ha sido removido! Por tanto la buena prédica es como una buena cirugía, prueba las obras del corazón humano.

Rendirse en Oración al Espíritu Santo.

En 1735 Edwards predicó el sermón: “El Altísimo, Una Oración para Oír a Dios.” En el mismo dijo: “A Dios le ha placido establecer que la oración anteceda a la concesión de su misericordia y se agrada en conceder misericordia como resultado de la oración, como si prevaleciera por la oración” (35) La meta de la prédica es totalmente dependiente de la misericordia de Dios para su cumplimiento. Por tanto el predicador debe de actuar para poner su prédica bajo la divina influencia de la oración.

De esta manera el Espíritu Santo ayuda al predicador. Sin embargo Edwards no creía que la ayuda venía en la forma de palabras sugeridas a la mente de inmediato. Si eso fuera lo único que el Espíritu hiciera, un predicador podría ser un diablo y hacer su trabajo. No, el Espíritu Santo llena el corazón con santos afectos y el corazón llena la boca. “Cuando una persona está sumida en un período de santa y secreta oración, en forma maravillosa le dará material y expresiones... (cuando) predica.” (36)

Edwards aconsejaba a los jóvenes misioneros de su día, “a fin de ser ardientes y brillantes luces, que deben de caminar con Dios, y mantenerse tan cerca de Cristo a modo ser siempre encendidos e iluminados por él. Y que deberían de estar buscando tanto a Dios, conversando en oración con él, quien es fuente de luz y amor.” (37)

Al comienzo de su ministerio dijo: “Dediqué mucho de mi tiempo pensando en cosas divinas, año tras año, a menudo paseando solo en los bosques, y lugares solitarios, meditando, hablando solo y orando, platicando con Dios; esa siempre fue entonces, mi manera de cantar mis contemplaciones. Casi siempre donde quiera que me encontrara mis constantes oraciones fueron articuladas. El orar me parecía tan natural como el hálito por el cual el ardor interno de mi corazón se desahogaba. (38)

Además de las oraciones privadas, Edwards se metió en movimientos de sus días que se propagaban de Escocia. Escribió una obra con el título descriptivo de: *Un Humilde Intento de Promover Acuerdos Explícitos y Uniones Visibles del Pueblo de Dios en Oraciones Extraordinarias para el Reavivamiento de la Religión y Engrandecimiento del Reino de Dios.* (39) La oración secreta del predicador, mas el conjunto de oraciones de las gentes se juntan por la misericordia de Dios,

para traer la demostración del Espíritu y del poder. La buena prédica nace de la buena oración. Y fluirá con el poder que causó el Gran Avivamiento cuando es dicha bajo la poderosa oración forjada por la influencia del Espíritu Santo.

Quebrantado y de Tierno Corazón.

La buena prédica proviene de un espíritu de quebrantado y tierno. Por su autoridad y poder, Jesús era atractivo debido a que era "manso y humilde de corazón" que le convertía en un lugar de descanso (Mat. 11:28/29) "Cuando vio las multitudes fue movido a compasión por ellos, debido a que se desmayaban y estaban dispersos como ovejas sin pastor" (Mat.9:36) Hay, en el predicador lleno del Espíritu, un suave afecto que endulza cada promesa y ablanda con lágrimas cada advertencia y reprensión. "Antes fuimos tiernos con vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos. Tan grande es nuestro afecto por vosotros, que hubiéramos querido entregaros, no solo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas; porque habéis llegado a sernos muy queridos." (1 Tes. 2:7/8)

Uno de los secretos del poder de Edwards en el púlpito fue la mansedumbre de su "corazón angustiado" con el que podía presentar las cosas más difíciles. Captamos un reflejo de su conducta en sus propias palabras: "Todas los afectos agradables... vienen de corazones angustiados. Un verdadero amor Cristiano... es amor de corazón angustiado. Los deseos de los santos, aun los más sinceros, son deseos humildes: su esperanza es una humilde esperanza, y su gozo, aún cuando es indescriptible y lleno de gloria, es un humilde y angustiado gozo, que deja al Cristiano tan pobre en Espíritu, como si fuera un niño, con mayor disposición de tener una conducta totalmente sumisa." (40)

El verdadero poder en el púlpito no es sinónimo de gritos. Oídos duros seguramente no se van a abrir con gritos estridentes. Edwards estaba persuadido por la Escritura que "los afectos amables, no logran hacer a los hombres osados, desenvueltos, ruidosos y comodones; sino mas bien de hablar tembloroso."(41) El ojo de la divina bendición está sobre el humilde y tembloroso: "Pero miraré (dice el Señor) a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra." (Isa. 66:21)

Por tanto Edwards dice que los ministros deberán de cultivar el manso espíritu de cordero de Cristo, "el mismo espíritu de perdón ante las injurias, el mismo espíritu de caridad, de amor fervoroso y amplia benevolencia, la misma disposición a la piedad por el pobre, llorar con los que lloran, ayudar a los hombres en sus calamidades del cuerpo y del alma, oír y responder al necesitado, consolar al afligido; el mismo espíritu de condescendencia para el pobre y para el indigno, suavidad y gentileza hacia el débil, y grande y afectuoso amor por los enemigos."

(42) El espíritu que deseamos ver en la gente deberá estar en nosotros primero. Esto nunca sucederá hasta que, como Edwards, lleguemos a conocer nuestros propios vacíos e incapacidades y terrible pecaminosidad. Edwards vivió en una especie de oscilación espiritual entre humillación por sus pecados y exaltación en su Salvador. Describe su experiencia así: "A menudo desde cuando he vivido en este pueblo, frecuentemente he tenido patéticas imágenes de mis propios pecados y vilezas; hasta el grado de hacerme llorar, a menudo por un tiempo considerable en voz alta, al punto que me he visto forzado a callarme." (43) No resulta difícil imaginar la profunda sinceridad que esta clase de experiencia le dio a la prédica de la Palabra de Dios.

Por supuesto uno está en el precipicio del desánimo cuando solamente enfocamos el pecado. Esta no era la meta de Edwards ni su experiencia. Su reacción a la culpa se convirtió en una experiencia intensamente evangelizadora y liberadora: “Amo pensar en la venida de Cristo para recibir salvación de él. Siendo pobre en espíritu y bastante vacío de mí mismo, exaltar humildemente solamente a él, arrancado de mis propias raíces a fin de crecer en y para Cristo; y para tener a Dios en Cristo como mi todo en todo.” (44) Esta es la Supremacía de Dios en la vida del predicador que orienta su prédica hacia la supremacía de Dios.

Definitivamente la intensidad de Edwards no fue áspera y escandalosa, ni beligerante. El poder de Edwards no se debió a una florida retórica, o estruendosa rompe oídos. Surgió en medio de afectos angustiados.

Edwards fue descrito por Thomas Prince como “un predicador de voz suave y moderada, de un modo de hablar natural y sin gesticulaciones o algo que de alguna manera llamara la atención, excepto su habitual solemnidad, luciendo y hablando como ante la presencia de Dios.” (45) Él se perfila como un raro testimonio de la verdad de que la prédica que hace a Dios Supremo proviene de un espíritu quebrantado y manso.

Ser Intenso.

La prédica compulsiva, da la impresión de que algo muy grande está en peligro. Con la visión de Edwards de la realidad del cielo y del infierno y la necesidad de perseverar en una vida de santidad y santos afectos, la eternidad estaba en peligro cada Domingo. Esto lo ubica aparte del promedio de predicadores de hoy. Con nuestro rechazo emocional del infierno, nuestra visión de una fácil conversión y la abundancia de falsa seguridad, hemos contribuido a crear una atmósfera en la que la intensidad bíblica de la prédica es casi imposible.

Edwards creyó tanto en las realidades de las que habló y anheló tanto para que dichas realidades asustaran a sus gentes, que cuando George Whitefield predicó estas realidades con poder en el púlpito de Edwards, Edwards lloró durante todo el servicio. Edwards ya no podía imaginarse hablar en una fría, casual, indiferente o petulante manera acerca de las grandes cosas de Dios, como tampoco pudo imaginar a un padre discutir fríamente el colapso de una casa ardiendo sobre sus hijos. (Ver pp.48-49)

Falta de intensidad en la prédica solamente puede indicar que el predicador no cree o que nunca ha sido seriamente tocado por la realidad de que habla – o que el tema en cuestión es insignificante. Este nunca fue el caso con Edwards, quien siempre permaneció en continua reverencia ante el peso de la verdad que le tocaba proclamar.

Un contemporáneo de Edwards dijo que su elocuencia era “la capacidad de presentar una importante verdad ante su auditorio, con argumentos de un tremendo peso y con tal intensidad de sentimiento, que el alma entera del orador era lanzada con cada parte de los conceptos, expresados de tal modo que toda la congregación quedaba aprisionada de principio a fin, dejando imborrables impresiones.” (46)

En su introducción al libro *Colección Histórica de Temas del Reavivamiento* de John Gillies, Horatius Bonat en 1845 describió la clase de predicadores que había agradado a Dios usar para despertar su iglesia a lo largo de los siglos:

> Como siervos de los misterios de Dios y pastores designados por el Gran Pastor, sintieron la tremenda responsabilidad de juntar y vigilar las almas. Ellos vivieron, trabajaron y predicaron como hombres de cuyos labios dependiera la inmortalidad de millares. Todo lo que hicieron y hablaron llevó el sello de la honestidad y proclamaron a todos con quienes entraron en contacto, que el asunto a tratar al que habían sido enviados, era de importancia eterna... Sus prédicas parecen haber sido del tipo vigoroso y temerario, que caía sobre la audiencia con tremendo poder. No era vehemente, ni fiero, ni ruidoso, pues era demasiado solemne para eso, por ser masivo, pesado, cortante, penetrante y agudo como espada de doble filo. (47)

Lo mismo fue con Jonathan Edwards hace 250 años. Por precepto y como ejemplo Edwards nos invita a "una manera de predicar con tremendo afecto acerca de las grandes cosas de (Espíritu) la religión" y a huir del modo de hablar "suave, apagado e indiferente." (48) Sin melodrama o ficción debemos sencillamente señalar que la realidad que respaldan nuestros mensajes es conmovedora.

Por supuesto, asumiendo que hemos visto al Dios de Jonathan Edwards. Si no compartimos la grandeza de su visión de Dios, nunca nos acercaremos a la grandeza de su prédica. Por otro lado, si Dios en su gracia viera adecuado abrir nuestros ojos a la visión Edwards, si nos fuera dado a probar la dulce soberanía del Todopoderoso como Edwards la saboreó, entonces una renovación del púlpito en nuestros días sería posible – en realidad sería inevitable.

Conclusión.

La gente está ávida de la grandeza de Dios, y la mayoría no lo sabe. Los que dicen: "¡Dios mío, Dios mío eres tú; De madrugada te buscaré: Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela; En tierra seca y árida donde no hay agua" (Salm. 63:1) Pero la mayoría no disciernen que han sido creados para emocionarse ante el panorama del poder y la gloria de Dios. Ellos buscan llenar su vacío de otras maneras. Y aun los que van a la iglesia – cuantos de ellos pueden decir cuando salen: "Te he visto en el santuario, y he contemplado tu poder y tu gloria". (Salm.63:2)

La gloria de Dios es de valor infinito. Es el corazón de lo que los apóstoles predicaron: "para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo." (2 Cor. 4:6) Es la meta de toda acción Cristiana: "Lo que hagáis, hacedlo todo para la gloria de Dios" (1 Cor. 10:31) Es el centro de toda esperanza Cristiana: "Nos gloriamos en le esperanza de la gloria de Dios" (Rom.5:2) Algún día remplazará el sol y la luna como la luz de la vida: "La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella, porque la gloria de Dios la ilumina." (Apoc. 21:23) Y aun al presente, antes del gran día, "los cielos cuentan la gloria de Dios" (Salm. 19;1) Cuando la gente descubre el valor de la gloria de Dios – cuando Dios dice: "Hágase la luz" y abre los ojos de los ciegos – ellos son los que encuentran el tesoro escondido en un campo, y llenos de gozo, van y venden todo lo que tienen para comprar aquel campo. Son como Moisés que clamó al Señor: "Te ruego que me muestres tu gloria" (Exo. 33:18)

Tal es el dolor lastimero de cada ser humano y solamente unos pocos conocen esa gloria. Son muy pocos los que diagnostican la soledad detrás de cada deseo del corazón humano – el anhelo de ver a Dios. Si la gente pudiera sacar a gritos el anhelo silencioso que hay en sus corazones,

“Una cosa he demandado a Jehová, esta buscaré... para contemplar la belleza de Jehová... (Salm. 27:4) Sin embargo la verdad es sustituida por injusticia, y la gente no se interesa por el conocimiento de Dios y hasta hay muchos que nombran al Dios de Israel y “han cambiado su gloria por aquello que no aprovecha” (Rom. 1:18, 28; Jer. 2:11)

Los predicadores Cristianos sobre todo, deberían de saber que la gente está hambrienta de Dios. Si alguien en todo el mundo fuera capaz de decir: “Te he buscado en el santuario, admirando tu poder y tu gloria,” él tal es un heraldo de Dios. ¿Quienes sino los pastores cuidarán los desiertos de cultura secular y dirán. “Mirad a vuestro Dios”? ¿Quién les pintará la imagen de la grandeza de Dios? ¿Quién les recordará con relatos maravillosos de cuando Dios ha triunfado sobre sus enemigos? ¿Quién va a gritar ante cualquier crisis, “Tu Dios reina”? ¿Quién va a trabajar para encontrar palabras que puedan llevar “el evangelio de la gloria del bendito Dios?

¿Si Dios no es supremo en nuestra prédica, donde en el mundo oirá la gente acerca de la supremacía de Dios ¿Si no extendemos un banquete de la belleza de Dios los Domingos por la mañana, acaso nuestra gente no buscará en vano satisfacer su inconsolable deseo, con ilusorios placeres pasatiempo y devaneos religiosos? ¿Si la fuente de agua Viva no fluye de la montaña de la gracia soberana de Dios la mañana de los Domingos, acaso la gente no hará por si mismas cisternas los Lunes, cisternas rotas que no pueden contener agua? (Jer.2:13)

Estamos llamados a ser “servidores de los misterios de Dios” (1 Cor.4:1) Y el gran misterio es “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Col. 1:27) Y la gloria es la gloria de Dios. Y “es necesario que los servidores sean hallados fieles” – fieles en magnificar la suprema gloria del único Eterno Dios, no siendo magnificado como con un microscopio que hace que las cosas pequeñas se vean grandes, sino como un telescopio que hace que las enormes e inimaginables galaxias de gloria sean visibles al ojo humano.

Si amamos a nuestra gente, si amamos a “las otras ovejas” que aun no están en el redil, si amamos el cumplimiento del propósito global de Dios, trabajaremos para “ampliar la mesa de banquete a la soledad”. La gente por todas partes está ávida por el gozo de Dios. Porque, como dijo Jonathan Edwards: “El deleite de Dios es la única felicidad con la cual nuestras almas pueden ser satisfechas. Ir al cielo para gozar plenamente a Dios es infinitamente más placentero que cualquier gratificación terrenal. Padres y madres, esposos y esposas o hijos, o la compañía de amistades terrenales, son solo una sombra, mas Dios es la sustancia. Estos son solo rayos dispersos, mas Dios es el sol. Estos son solo riachuelos, mas Dios es el océano” (1)